

Año IV

Núm. 3

ANALES

DEL

Ateneo de Costa Rica

DIRECTOR:

Luis Castro Saborío

1915

SAN JOSÉ, COSTA RICA

TIPOGRAFIA NACIONAL



Ateneo de Costa Rica

— — —
JUNTA DIRECTIVA PARA EL AÑO 1915
— — —

Presidentes Honorarios

Luis Felipe González — Justo A. Facio — Antonio Zambrana

Presidente

Ricardo Fernández Guardia

Vicepresidentes

A. Alvarado Quirós — C. González Rucavado

Vocales

J. Fidel Tristán

Jenaro Cardona

R. Fernández Güell

Modesto Martínez

Tomás Povedano

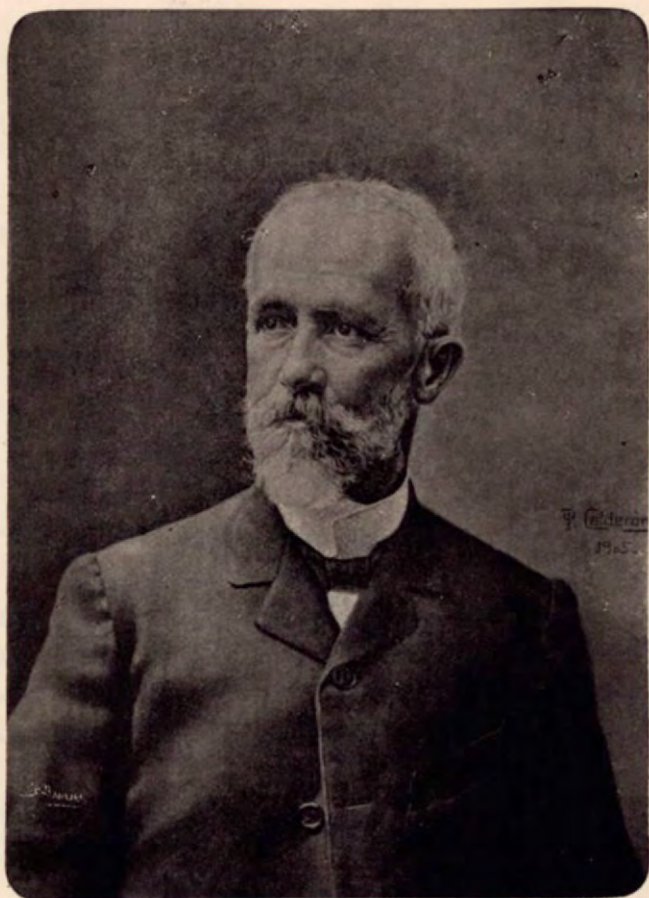
Secretarios

Fabio Baudrit — Manuel Sáenz Cordero

DIA DEL MAESTRO

TEJÓ MARCO FERRAZZOLI

Publicado en el marco del Día del Maestro, 2023.
El texto es de dominio público y se publica en el marco del Día del Maestro.



DON MAURO FERNÁNDEZ

Copia de un dibujo de don Próspero Calderón, existente en el Salón de Actos del Colegio Superior de Señoritas.



Nº 16

ALFREDO GONZÁLEZ

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

Considerando:

1º.—Que el Licenciado don Mauro Fernández estableció las bases científicas en que descansa el sistema de enseñanza popular implantado en el país, y creó asimismo los planteles de segunda enseñanza y centros de educación especial que desde hace treinta años vienen difundiendo la cultura general en todos los ámbitos de la República;

2º.—Que por los motivos expresados, el Licenciado don Mauro Fernández es acreedor a la gratitud de los costarricenses;

3º.—Que el otorgamiento de honores a los buenos servidores de la Patria, es un acto de justicia que constituye un elevado estímulo para todos los ciudadanos;

4º.—Que el tributar tales honores es también un acto de carácter educativo destinado a ejercer influencia provechosa en la cultura de la juventud;

5º.—Que el personal de primera y segunda enseñanza de la República, está particularmente obligado a conservar y honrar la memoria del Licenciado Fernández, y

6°.—Que el honrar la memoria de este ilustre costarricense es encargo que el profesorado y el magisterio de la República sabrán cumplir con entusiasmo y cariño,

DECRETA:

1°.—Destínase un día del año a la celebración de la Fiesta del Maestro en todos los planteles de primera y segunda enseñanza, dedicada a honrar la memoria del ilustre reformador de la educación nacional, Licenciado don Mauro Fernández.

2°.—Declárase, DÍA DEL MAESTRO, el 22 de noviembre, onomástico del Licenciado Fernández.

3°.—La Inspección de Enseñanza Normal y Secundaria y la Jefatura Técnica de Instrucción Primaria, quedan encargadas de la ejecución del presente Decreto en los respectivos establecimientos.

Dado en San José, a siete de octubre de mil novecientos quince.

ALFREDO GONZÁLEZ

El Subsecretario de Estado Encargado
del Despacho de Instrucción Pública,

LUIS FELIPE GONZÁLEZ



DIA DEL MAESTRO

«El sentimiento de la tradición, el culto del pasado, es una fuerza insustituible en la conciencia de los pueblos, y la veneración de las grandes personalidades en que se encarnan sus porfías, sus anhelos, sus glorias, es la forma suprema de ese culto».

(Del *Mirador de Próspero* de José Enrique Rodó)

El decreto del Ejecutivo, declarando DÍA DEL MAESTRO, el del onomástico del Licenciado don Mauro Fernández, abre por decirlo así, las puertas de un nuevo templo, en donde deben ser escuchadas y seguidas las enseñanzas de una vida que es un símbolo, un ejemplo y origen de toda una época evolutiva nacional.

En efecto, si grande fue el Licenciado Fernández por su ilustración y por su probidad sin límites; por su elocuencia, como por su amor a la juventud y a la familia costarricense; por su dedicación al hogar como por su ejemplo sano; no lo fue tanto como porque tan singulares cualidades, sirvieran de base, quizá sin que se sospechara, para provocar el apareamiento de una sociología netamente costarricense.

«Dudar de la posibilidad de que exista hoy una sociología eficazmente nacional, no arrastra a dudar de ello eternamente; más aún; la sociología será necesariamente una ciencia nacional, cuando después de un período más o menos largo, haya realizado y cumplido, por obra de sus teóricos, obra de construcción sintética y genérica, y no meramente parcial, como la realizada por Stuckemberg, Ward, etc.—Descono-

cerlo, implicaría un pesimismo acerca de la virtualidad de nuestra ciencia» ⁽¹⁾.—«La *sociología pura* de una nación exigirá, por cierto, una interpretación sociológica de la respectiva historia, un análisis de las fuerzas sociales que obraron en el pasado, porque su misión inmediata es la determinación de las *fuerzas sociales* actuantes, influídas en su génesis por aquéllas; se aplicará desinteresadamente al conocimiento del proceso *espontáneo* de la sociedad hasta arribar a su estado presente» ⁽²⁾.

La labor de don Mauro, en la Instrucción, como en la Hacienda Pública, en el Parlamento, como en la Cátedra, nos demuestra que él no sólo abarcó en su persona toda una época pasada, sino que preparó con su obra educativa, el porvenir de la patria.

Si borró viejos aspectos sociológicos de su edad, creó con la corriente intelectual promovida, una nueva sociología nacional, fundamentada en la razón y en la lógica de los hechos que supo interpretar y exponer con la serena actitud del convencido.

Los viejos métodos en la enseñanza, como los anacrónicos prejuicios establecidos, huyeron ante él, arrojados por la fuerza de su látigo salvador.

El nuevo templo de sus convicciones, quedó repleto de sus luces, y la palabra del Maestro si fue escuchada, lo es todavía más por la presente generación que sigue su ejemplo y hace de su vida un culto.

Si la interpretación sociológica del progreso alcanzado en un país, nos da la idea completa de su esfuerzo y de su cultura, nosotros no podríamos dejar de reconocer, sin faltar a la gratitud debida, que la obra progresista de don Mauro Fernández, es la más importante, si no la única en la época contemporánea de Costa Rica.

En efecto, la clase dirigente hoy, como la de mañana, serán deudoras del buen consejo y el ejemplo que aquel gran-

(1) (2)—Estudio de Sociología por Raúl Orgaz.

de hombre supo dar—El fue quien señaló nuevos rumbos a la instrucción pública, como a la especulación filosófica.

Fue quien moldeando una inteligencia nueva así como una moral más racional en la juventud, preparó la etapa histórica que hoy vivimos y que es el reverso de las anteriores, porque hay más amplitud de miras, más despreocupación en el pensar; el pueblo conoce sus deberes y sus derechos y la libertad eleva los corazones en un común sentimiento: la grandeza de la patria.

La Dirección de «Anales del Ateneo», cumple con el deber de consignar sus apreciaciones respecto del hombre público, motivador del Decreto del Ejecutivo y dedica el presente número, no sólo a su recuerdo sino al análisis de su importantísima obra.





DON MAURO FERNANDEZ

Y EL PROBLEMA ESCOLAR COSTARRICENSE

Hay una forma de amar a la patria que consiste en amar a los buenos de sus hijos: el culto hacia los ciudadanos de excelentes virtudes es la distinción de un pueblo generoso y honrado. Es verdad que en cierto aspecto se descende hacia la idolatría, pero toda idolatría tiene su razón de ser como se inspire en un sentimiento de justicia. Honrar la memoria de quienes hicieron bien a la República, recordar su nombre y encarecer su ejemplo, da a entender que la nación es agradecida con aquéllos respecto de los cuales ella es deudora de alguna bondad.

Un homenaje sencillo a un costarricense de bien, es el objeto de este pequeño trabajo. Un homenaje a don Mauro Fernández, no como lo merece él, pero lo bastante sincero para que se justifique.

La personalidad de don Mauro es un bello tema para la laboriosidad de un joven: ora, por la parte con que contribuyó a resolver nuestro problema educativo; ora, porque él fue siempre afectuoso para con los jóvenes; tenía una verdadera pasión por la juventud que le venía de una naturaleza que, aun a los sesenta años, conservaba la fuerza y la alegría de la primavera de la vida: la arrogancia, la vibración, la inteligencia inquieta, la delicadeza espiritual de los veinte años: él es el ídolo de los jóvenes costarricenses, al lado de otras figuras nobles de nuestra historia.

Por la belleza misma del tema, es por lo que hemos dedicado nuestro entusiasmo en esta empresa, y resulta apenas un ensayo de los más modestos, que toca mucho con la simplicidad. Con el tiempo será posible, si no para nosotros, para personas mejor informadas, hacer una obra completa. La figura de don Mauro llena una época importante de nuestra vida política, como la de los Mora Fernández y el grupo de hombres que nos dieron patria, como la de Braulio Carrillo, como la de Jesús Jiménez, como la de José M.^a Castro. Juzgarlos y pensar en ellos es hacer nuestra propia historia, y jamás podría prescindirse de esto, porque esos varones son la riqueza del pasado.

I

Don Mauro Fernández hizo en la vida pública y en la vida privada cuanto es bastante para que la memoria de un hombre constituya una tradición útil para el presente y para el porvenir de una nación: se condujo en las altas magistraturas del Estado como un verdadero hombre de Gobierno: puso muchas cosas en orden, a otras les dió impulso, resolvió con admirable

tino negocios difíciles, y la nación se aprovechó con excelencia de su cultura rica, de sus talentos, de su genio, de su perspicacia y sobre todo de su infatigable y fecunda voluntad para las acciones útiles. Respetó la herencia del pasado en lo que éste tiene de estimable, y dotó a las generaciones por cuyo destino vigilaba, de recursos como dignificar y asegurar su suerte. La más bella entre las prendas de su carácter, es la serenidad con que se mantuvo arriba, el perfecto equilibrio de su cabeza; fortuna que no les cabe a muchos, allí en donde las pasiones se agitan en perpetuo azote; quienes pasan por la misma altura en la cual edificó tan hermosas lecciones, y quieren conquistar glorias y prestigios, miran hacia él, por cuya sencillez noble, por cuya severidad política y por cuya gracia de espíritu, resulta un tipo singular de costarricense.

Mientras otros piensan sólo en sí cuando ejercen funciones dignas, al tocarle a él la hora de hacerlo, no tuvo tiempo sino para pensar en la mejor parte de la población de su patria: en los niños costarricenses, y como a éstos están vinculados los intereses morales de la República, todo él se consagró a esos intereses, de modo que su nombre es hoy un símbolo, apenas se agitan las necesidades de fomentar el espíritu público, de acrecentarlo y robustecerlo.

Ahora que esta misma cuestión está en pie, recordar quién fue él y aquello que hizo, nos parece que no es por demás: ante tantos ánimos como se debilitan y ante tantos ideales que se mueren, justo es recordarlo a los niños llamados a hacer más tarde la patria: pues ya que el presente se empobrece de virtudes, conservemos al menos el culto a las altas virtudes que otro tiempo fueron el lujo de Costa Rica.

Habríamos querido ofrecer un estudio biográfico de don Mauro, pero nos encontramos sin datos para eso. Parece que dejó a sus herederos un diario, llevado día por día, y en el cual apuntaba hasta los menores detalles de su vida: allí se encontrarán noticias, si de verdad existe, suficientes para formarse un juicio claro de su personalidad, de su carácter, de sus aspiraciones, de la extensión de su saber, de sus preferencias filosóficas, y también los elementos indispensables para comprender mejor los sucesos en los que tomó parte activa. Esas páginas no han sido publicadas. Quienes le conocieron de cerca, nada han dicho de las palabras aleccionadoras que recogieron de sus labios ni nos dan cuenta de aquellos detalles espontáneos en los cuales un hombre descubre su propia naturaleza moral. Ninguna persona se ha interesado por recoger su correspondencia; dicen que escribía poco: por la misma razón algunas de sus cartas han de ser valiosas. El gustaba de pensar hondo y de enseñar a quienes reclamaban su consejo, más aún, si el tal era un joven. Cuando sea dable disponer de esos materiales, será más fácil contemplar al hombre a toda luz y menos peligro de que su memoria se apague, sobre todo, allí donde es útil conservarla: en el alma popular, para edificación de hombres rectos y de patriotas sinceros.

* * *

Don Mauro fue el segundo hijo de don Aureliano Fernández Ramírez y de doña Mercedes Acuña Díez Robles; el padre de esta señora era de origen portugués. Nació don Mauro en San José, el 19 de diciembre de 1843. Fue don Aureliano un comerciante muy activo, y a quien se conceptuaba como persona alegre, amigo de fiestas y buen tocador de guitarra.—

Cuando su hijo había cumplido los trece años apenas, las peste del cólera que asoló la población después de la guerra nacional, le hizo una de sus víctimas, y el hogar en el que además crecieron las señoritas Práxedes e Isolina, quedó bajo la responsabilidad de la señora Acuña.

Esta madre merece una página delicada, y quien la escriba algún día hará un beneficio encarecido al hogar costarricense, tan necesitado hoy de buenos ejemplos. Fue ella una dama superior, representante de una época que tuvo virtudes hoy ya olvidadas. Nada sabemos de su cultura, que no debió ser escasa, cuando en tanta estima la consideró siempre respecto de sus hijos, poseía prendas naturales para ejercer un excelente gobierno doméstico y puede aplicarse a ella lo que decía alguien de la madre de una personalidad notable inglesa: "mujer con la preciosa facultad de bastarse así misma, cuyo único orgullo era la virtud, y su sola pasión, el amor a los suyos". Era cuidadosa y ordenada, de suave y benévolo trato: con sus costumbres y conducta dióle majestad a su casa y con su trabajo personal la proveyó de comodidades y educó a sus hijos.

Sin hacer una ofensa a su ternura de madre, por las muestras de cariño y de admiración que reveló en favor de él, se puede decir que don Mauro ocupó un lugar preferente en la vida de aquella señora, pues que adivinando bien pronto el destino de su hijo, ella se dedicó con todo el afán de una inteligente madre a promover su educación, desde que él cumplió los cuatro años de edad. Don Mauro ha debido reconocer en él muchas de las mejores cualidades de su progenitora y siempre le fue devoto agradecido por la íntima preocupación que mostró ella para inculcar en su ánimo aquello que le inclinara a ser un hombre de conducta irreprochable. El hijo hace el mayor elogio de la madre en estas generosas y limpias palabras: "aquí abajo, nada sustituye a una buena madre. A ella debo lo que tengo y lo que soy; me parece que ella todavía vigila mis actos; por eso, siempre, antes de emprender alguna obra me pregunto: le gustará esto a mi madre?" La señora había correspondido con creces a la fiel y amorosa devoción de su hijo: Don Manuel González Zeledón, quien conoció de niño a doña Mercedes, cuenta que en cierta ocasión se encontraba con ella en el patio de la casa cuando entró un joven que se acercó a la señora sin que ésta lo notara, y que abriendo los brazos, la estrechó fuertemente entre ellos, y la besó en ambas mejillas. Doña Mercedes, sorprendida al principio, cedió luego placentera a las caricias del mozo y las devolvió con efusión. El señor González, quien no pasaba de los cinco años, y que sentía por la señora Acuña una intensa pasión infantil, se resintió de aquel espectáculo y es probable que algo preguntara a su novia de cabellos de plata, a lo que repuso la satisfecha dama: "¿no lo conoces? Es mío: es lo que yo más quiero en el mundo".

Parece que las primeras letras las aprendió don Mauro al lado de ella, quien, como muchas señoras y señoritas de aquella lejana época, recibían en su casa a unos cuantos niños a quienes les enseñaban maternalmente las primeras nociones. Más grandecito acaso, le envió a la escuela privada de Chepita Fernández. En mucho debió don Mauro ser acreedor de quienes cuidaron de su educación primaria; dotes propios él los tuvo en abundancia para ser lo que fue en su vida; pero injusto sería no rendir homenaje a sus educadores. Se comprende la delicadeza con que ésta su maestra veló por su educación, por este hecho que les recomienda a ambos: al terminar la cartilla abecedario, la devolvió a su noble madre en el mismo estado en que la había recibido de sus manos.

Además de su educación secundaria, la señora Acuña quiso que su hijo aprendiera el inglés y el francés, el canto y el piano. En cuanto a aquellos

idiomas, el señor Fernández los empleaba con la misma facilidad y donosura que el propio. Durante una gira por los Estados Unidos él dió algunas conferencias en centros intelectuales americanos y haciendo uso de la lengua inglesa. El piano le produjo muchas alegrías y le apagó muchas penas. No tenía la señora Acuña hacienda suficiente para responder a todas estas exigencias de su grande alma; pero con su trabajo—y esto la ennoblece más a los ojos de quienes aun admiran santamente las virtudes de la vieja familia patria—ella satisfizo plenamente sus deseos. También el estudiante aportó al hogar desde muy temprano el fruto de su trabajo como maestro particular de lectura, de matemáticas y de piano. La viuda Fernández vivió lo bastante para deleitarse con los éxitos de un hijo que no era sólo de sus entrañas, sino de su corazón y de su inteligencia. Tanto bien hizo a éste que en ella, el breve elogio dedicado a la madre de Goethe, adquiere brillantéz y hermosura: "fue digna de vivir".

* * *

Don Mauro, tal como le conocimos nosotros, era un anciano de mediana estatura, y todos sus rasgos concurrían a hacer de él un tipo de hidalgo español caballeresco. Amplio era el busto, de correctas líneas, de cierta delicadeza que no amenguaba su varonil presencia. Sus movimientos fáciles y armónicos: amaba el ritmo en todo, lo había adquirido por su cultura musical y se servía de él en los salones como en la tribuna, entre los suyos como entre los extraños, en la acción como en el pensamiento. Esa ligereza y encanto en sus maneras daban a su figura una muy simpática elegancia. Sus cabellos eran blancos, su semblante jálido, de una palidez sugestiva porque era la de una cabeza pensadora: sus ojos no muy grandes, de brillante y poderosa mirada; los detalles de su semblante acusaban un carácter bondadoso, mas lleno de voluntad y de firmeza; tenía una expresión de singular dignidad, de majestad y de poder. Su voz, suave, melodiosa, poseía tonos para todos los sentimientos y para todas las expresiones. La mayor parte de sus retratos le dan un aire de pensador, hundido en laboriosas meditaciones: quizás haya sido tal actitud escogida personalmente por él: buscaba aquello que daba respeto a su persona, y como todo hombre de cierta naturaleza y del mismo temple que el suyo, rechazaba aquellas formas que no estuvieran en armonía con el respeto debido al individuo. El hombre, el hombre era uno de sus más íntimos intereses y en esto revelaba él su honda educación filosófica sajona. A pesar de esa actitud un tanto impuesta, de los ojos de algunos de sus retratos brota una suave luz apenas perceptible que era la de su ternura inmensa cuando tenía cerca de sí a los pequeños y a los humildes. Sus maneras eran corteses y más aún, ceremoniosas. De joven parece que fue muy agraciado: su contextura era un poco débil, tenía su semblante la misma palidez del hombre de estudio y de meditación, su cabello negro y sedoso, su temperamento inquieto: personas de costumbres sanas, cuidadoso de sí en extremo grado, social y atento con naturalidad y soltura.

En la tribuna gustaba verle erguido, siguiendo su discurso con movimientos cadenciosos; aun en los más ardorosos arranques, guardaba tal compostura y manejaba la palabra con tal prudencia que se dijera que hablaba con señoras y no que combatía entre hombres. Creemos que con esta gallardía y gracia discutían los discípulos de Sócrates en un banquete de

Platón: algunos impetuosos lo harían con ardimiento, pero a nadie le era permitido rebajar con gestos desordenados e impropios, el encanto del busto humano ni hacer traición a la natural belleza de las ideas.

Su cultura, están todos quienes le trataron de cerca, en reconocerla extensa y sólida. Era su entendimiento abierto, sano y vigoroso; liberal su espíritu, por donde estaba en camino de elegir fácilmente las ideas más gratas a su juicio; su deseo por aprender, incansable. Para complacerlo, sobráronle comodidades que él no desperdició. Al terminar sus estudios profesionales, hizo un viaje a Europa y durante algunos meses residió en Inglaterra, al lado de un reputado jurisconsulto británico, Mr. Frederick Weston. Este viaje le fue sin duda de mucho provecho, y dejó una impresión profunda en su carácter: don Mauro, por ciertas cualidades era un sajón de buena cepa: respetuoso para sus semejantes, rígido en la práctica de sus excelentes costumbres, metódico en sus hábitos, sereno en sus actos, austero en sus juicios, discreto, equilibrado y dueño de sí mismo. Como el mejor inglés amaba en el individuo una buena constitución física y una cuidadosa educación del espíritu: lo primero para la lucha y lo otro para vivir dignamente. Leía en abundancia y su biblioteca estaba llena de buenas obras políticas y literarias de autores ingleses, franceses, americanos y españoles. Sus lecturas predilectas fueron: Macaulay para la historia, Platon y Spencer para la filosofía, Dickens para la novela de costumbres; Pérez Galdós y Walter Scott fueron sus autores favoritos en la novela histórica. Don Mauro era un lector asiduo; un inteligente espigador en los buenos libros. La mayor parte de las obras de su biblioteca están anotadas, profusamente anotadas, como quien no quisiera perder una sola idea de las contenidas en ellas. El examen de esos libros, no sólo pone en claro cuáles fueron sus aficiones como lector, sino las fuentes en que él recogió muchas de sus convicciones de estadista o de filósofo y en las cuales encontró tesoros con qué fortalecer las que ya se habían arraigado en su pensamiento. Si él no hubiera dejado un diario en el cual es muy probable se encuentren sus profesiones de fé en materia social y política, y el origen de cada una de ellas, habría sido fácil conocerlas con solo un riguroso inventario de las marcas hechas en las páginas de sus libros leídos.

Nosotros vamos a copiar en seguida varios párrafos subrayados por él, que entresacamos de libros que estuvieron en sus manos, bajo sus ojos perspicaces, y nos sirven como para comprobar lo que acabamos de decir atrás.

En los discursos en América de Mateo Arnold, en inglés, él ha señalado, entre otros muchos, estos dos pensamientos del ingenioso crítico británico: "Un error en la justicia es una fuente de peligro para el Estado" y "El mundo civilizado debe considerarse actualmente para los intereses intelectuales y espirituales, como una gran confederación, impulsada para una acción común y trabajando en busca de un resultado único."

En *L'Etat Modern et ses fonctions* de Leroy Beaulieu ha sido muy cuidadosamente leído el capítulo referente al "Estado y las religiones" Los párrafos en él subrayados guardan un perfecto acuerdo con el modo de pensar de don Mauro en esta materia. "El Estado Moderno—dice una de las oraciones—no debe ser el servidor de la religión". Y la otra: "Una idea justa, la del Estado laico, se ha transformado insensiblemente, en una idea falsa, la del Estado ateo. El Estado laico, es decir, el Estado que no se

constituye en campeón temporal de ninguna teoría religiosa particular; que ve las religiones todas con benevolencia, pero sin subordinación ni servilismo; que las considera como fuerzas sociales de las cuales no debe prescindirse; a las que no se ha de imponer yugo alguno, ni sufrirlo de ellas, el Estado laico es la verdadera fórmula, la única digna de la sociedad contemporánea".

En 1903 leyó la obra de Gabriel Hanotaux: "Du choix d'une carrière", que es una valiente y juiciosa apelación a la sociedad francesa para la reforma de sus sistemas de enseñanza. Hay allí estos dos párrafos que encierran lo que don Mauro pensaba en tal orden de concepciones sociales:

"La educación antigua tendía a hacer hombres; la pedagogía moderna se propone hacer hombres instruídos; pero nadie se impone el deber de hacer hombres útiles".

"El sistema democrático, tal como nosotros lo concebimos es el que debe levantar sin descanso, del fondo de las oscuras muchedumbres, hombres verdaderamente capaces".

En algunas partes hay anotaciones muy curiosas. En la "Inductive Sociology", de Frankling Henry Goddings, por ejemplo, al lado de esta frase: "La alta vitalidad de una sociedad está constituida por aquellas familias que alcanzan una elevada proporción en sus nacimientos, un bajo tanto por ciento en su muertes y un alto grado de fortaleza física y de poder mental", él escribió estos nombres, que corresponden al de varias familias históricas costarricenses: "Montealegre, Fernández, Carranza y Esquivel".

Otros breves apuntes recuerdan una fecha memorable para los suyos, algunos de sus viajes. Así: en "Speechs and sayings" de Dickens, está escrito de su puño y letra lo siguiente: "M. Fernández-Steamer "Elbe"—Southampton—march 17 th 1871". Y en "From better than Physic" de W. W. Hall, hay esta breve línea: "Leído de Omaha a Chicago. Feb. 14 de 1890". Se dice que desde 1891, ni un solo domingo dejó de leer "La crítica y la Historia de Jesucristo", del padre Didon.

Quizás, al hacer esta elección, se propuso adoptar como sistema filosófico el de los Evangelios, por ser el que más ha aproximado al hombre hacia Dios, y le ha dado, al mismo tiempo, la norma insuperable de la vida humana. Su filosofía era sumamente sencilla y tranquila, dice uno de sus afectuosos admiradores. "A veces se le ha tratado de optimista—Agrega éste—utopista, sí, para todo lo sublime: Excelsior hubiera podido ser su divisa.—Utopista y optimista. Don Mauro habla bien de todo el mundo". En sus relaciones sociales se cuidó de ejercer un poderoso control sobre sí mismo para evitar resentimientos y librarse de congojas y de rectificaciones: "cuando me han dado algún disgusto—decía—trato de dominarme y si no puedo, me voy acostar. Al día siguiente todo ha pasado".

A su familia, acostumbraba a reunir la a su rededor para discutir con ella sobre cuestiones que él planteaba persiguiendo la ocasión de enseñarles algo, y en esos consejos nunca consintió que se hablara mal de una persona. Eran sus máximas respecto a la maledicencia tan popular entre nuestras costumbres y conversaciones: Olla que no has de comer, déjala hervir, y boca limpia.

El Lic. don Manuel Argüello de Vars, que debió acercarse muy frecuentemente a don Mauro, revela en unas notas que publicó acerca del grande hombre, algunas de sus más bellas concepciones filosóficas, las cuales nos servirán para completar estos breves detalles sobre su modo de pensar y sentir. Respecto de la vida, don Mauro alentaba una verdadera devoción. La estimaba como un griego de los ilustres tiempos de Pericles: el hombre debe amar la filosofía; pero sin debilitarse. Su desvelo era el cultivar la inte-

ligencia, sin abandonar la suerte del cuerpo: su principio en esto era: "cuidar la bestia". El sabía cuidarla, y como confiaba en que lo hacía bien, creía que la muerte no tenía derecho de reclamarle aún su tributo.

"Una mañana—cuenta el señor Argüello de Vars—le encontré en el Parque Nacional, apoyado sobre la baranda del puente del lago pequeño, echando pedacitos de pan a los peces.

—Hola, don Manuel, qué lo trae tan temprano por acá—le dijo. Es usted acaso de mi escuela, de los que tempranito no más estamos en el baño y luego recibiendo las caricias del sol? El sol, amigo, allí está el secreto de la naturaleza que nos rodea. La verdura de las hojas, el blanco del lirio, el rojo de la amapola, la belleza de las mujeres, la alegría de los niños, nuestras pasiones, todo, todo, amigo, no son sino formas del calórico. Sin embargo, es un pícaro con nosotros los viejos; nos huye, nos abandona al frío, y el frío es la muerte. Por eso me le pongo en frente todas las mañanitas. Yo no debo morir—aún, amigo mío; tengo todavía bastante más que luchar."

Para él, que había sido tan activo; para él, que había siempre vivido rectamente en el mundo, provocando simpatías y admiraciones en todas partes, y para quien la existencia tuvo tantos motivos bellos. la dulce madre: el hogar respetable, la profesión, que le colmó de honores, su patria, su vida como hombre público, el vivir constituía uno de sus encantos, que contribuyó en mucho a conservar en su alma cierta frescura juvenil.

Su pasión por la naturaleza tenía además otra razón de ser: él pertenecía a la escuela racionalista moderada, al racionalismo espiritual de Ernesto Renan, como si dijéramos; confiaba en la fuerza emancipadora de la experiencia científica para formar el hombre nuevo, altamente humano; altamente espiritual, religioso, si se quiere; y era una obsesión de su pensamiento, educar a los individuos capaces, en el espíritu de sus creencias filosóficas. Nada mejor para esto, que la contemplación y estudio de la Naturaleza. "Yo paso la vida buscando adeptos a la escuela racional, mostrando la naturaleza, señalando al sol", decía. Y sin embargo, él no era heterodoxo de los últimos extremos: era lo bastante suave y político, para aceptar sin temor alguno y sin tormento, el principio de la tolerancia, entendida como la forma más exquisita de la libertad en el dominio de las ideas, de las creencias y de las opiniones. Era el representante puro y más connotado de las tendencias liberales costarricenses; perteneció a una generación batalladora, que en momento oportuno redujo a la iglesia a su verdadera jurisdicción apostólica y educadora, provocó una poderosa reforma escolar para arrebatarle al clero los delicados intereses de la cultura nacional. no movido por una enemiga irreconciliable contra el sacerdocio y el templo, sino por querer evitar el desequilibrio social que resulta del predominio de tales o cuales tendencias políticas o filosóficas. A pesar de todo ello, decía con admirable buen sentido: "Mi respeto es profundo por los sacerdotes de mi tierra. Yo no voy, no iré nunca a su casa, pero no sería capaz de cerrar a la fuerza ningún templo. Bienaventurados los que allí encuentran refugio en las tribulaciones de la vida". Hay en esta consoladora claridad de su razón la misma profunda y generosa sabiduría de quienes no quieren arrebatarle a la humanidad los cultos en que ella se eleva, curándose de sus dolencias morales y perfeccionándose en sus virtudes hacia Dios. El también, como Renán, respetaba las tradiciones de su pueblo y se halagaba recordando las devociones sencillas de su hogar. La vida necesita de ideales, de resortes que la impulsen; él no comprendía una existencia sin un motivo noble. "Todos debemos creer en algo; yo creo en el derecho. Entendámonos: creo en el futuro triunfo del derecho, por ahora, es cierto que aun rige el derecho de la fuerza. Qué vamos a hacer:

el egoísmo está fuertemente arraigado al corazón; pero hay que trabajar para arrancarle esa película. Cuando se le sustraiga de su influencia y de los sensualismos, habremos triunfado del mal; sí amigo, el mal es transitorio". Otros no creían en el derecho, pero creían en algo y eso significa vivir.

Este es el pensador: hermoso tipo intelectual el suyo, formado a fuerza de perseverancia en el análisis interior y en el estudio de la naturaleza, de la sociedad y de la historia, y bustecido en su luminoso comercio con el maestro eminente del Evangelio de Marcos, con el Hijo de Dios de los más bellos rasgos humanos, como aparece en el Evangelio de Lucas, con el amoroso amigo de los hombres, según surge del libro de Juan, con el discutidor ateniense de los diálogos platónicos, con Spencer y con Bain, con el ingenuo y suave pensador del Porvenir de la Ciencia Era en nuestra soledad y sordidez de espíritu, algo así como una lámpara que derramaba una claridad alentadora sobre el alma. Cuántos jóvenes se acercaron a ella para vigorizar sus fuerzas y para ver mejor el camino; cuántos viejos acudieron a ella y hoy sentirán que se haya apagado para siempre, porque sus rayos les daba calor para ahuyentar sus desilusiones, sus debilidades y el frío de la muerte vecina.

El 15 de agosto de 1874, don Mauro contrajo matrimonio con la señora inglesa Ada Le Capellain. Esta feliz elección le permitió fundar un hogar sobre los cimientos del espíritu doméstico inglés, lo que le puso más en contacto con una raza hacia la cual se sentía él atraído sensiblemente por las cualidades superiores de que ella está dotada. La señora de Fernández fue una de las damas que han dado majestad a la sociedad costarricense, por su cultura, por su dedicación ejemplar en las artes de la casa y por la severidad de su conducta. La casa de habitación de la familia Fernández se llama Buena Vista y está situada en la parte alta de la Cuesta de Moras. Es un edificio extenso y bajo, de construcción sencilla, de planos reposados y austeros y de cierta gracia campestre que le venía del paisaje en que se hallaba colocada, ya hoy desaparecido casi por completo. A su frente aun queda un jardín que la familia cuidó siempre con delicada solicitud. Dos lugares hay en el edificio que don Mauro debió considerar como santificados y en donde él rendía sus tributos a los dioses de la familia y de la amistad: la biblioteca y un rincón en el corredor delantero. En este se rodeaba de los suyos, y en la biblioteca reunía a sus amigos predilectos y escogidos.

La personalidad de don Mauro era por demás interesante, su experiencia de la vida autorizada, su conversación sugestiva, su cortesía fácil y ligera; así que era él un hombre de consejo a quien se acudía en demanda de lecciones, de una palabra consoladora, de una sincera expresión de aliento, y su hogar el centro social de los inteligentes y estudiosos. En la biblioteca hacía sus tertulias, y entre una taza de café y un cigarrillo, la charla corría amena sobre todas las cuestiones del momento. Su imaginación era chispeante, su frase sabrosa, su discurso rico en citas oportunas y como un buen conversador en lengua española, gustaba de amenizar la conversación con pintorescos refranes castellanos. Le deleitaba la discusión, como a todo el que desea probar la firmeza de sus propios pensamientos; suavemente invitaba a sus amigos hacia ella y entonces derrochaba con lujo su palabra transparente y la flexibilidad de su dialéctica. Hablaba con voz armoniosa y se

acompañaba con gestos expresivos y graciosos. Cuando decía alguna frase de la cual quedaba contento, la repetía reforzándola con un "sí señor" que revelaba la convicción profunda de lo que decía.

En sus costumbres era metódico y ordenado; estas mismas cualidades las tuvo de joven y eran como una herencia de las buenas costumbres antiguas. Se levantaba muy temprano, se bañaba y dedicaba una o dos horas al ejercicio. En sus últimos años hacía sus paseos a lo largo de la línea del ferrocarril al Atlántico; luego se entretenía un rato en el Parque Nacional, siempre con un semblante apacible y alegre. Después se iba a sus ocupaciones en la Cámara o en el Banco, y en la tarde, después de la comida, leía los periódicos, sobre todo, los cables. Colocaba para el efecto un mapa a su frente y en este señalaba con alfileres los puntos a que la noticia se refería. Si se trataba de una guerra, decía él: "he aquí un modo pacífico de pelear". En seguida se sentaba al piano. Estimaba en alto grado la influencia educadora de la música: ella purifica el alma y da juventud. El devoto enamorado de la belleza del espíritu y de la juventud riente, de la armonía de las ideas y de la alegría del vivir, encontraba en la música la fuente más pura de todo lo que él conceptuaba como el mejor tesoro de una existencia bizarra.

Uno de los hábitos suyos era el de visitar las escuelas y los colegios. Se había empeñado tanto por los unos y por las otras, que temía sin duda que se malograra su obra, y de cuando en cuando, se acercaba a ellos para enterarse de cómo marchaban. Se deleitaba interrogando a los estudiantes, provocando sus juicios, descubriendo sus apetitos y sus devociones y para irse, algunas frases decía, recomendaciones, consejos, para dejar sembrado algo en el corazón de los jóvenes. Al despedirse besaba las frentes infantiles con aquella alegre mirada suya que tanto hermozeaba su rostro. Cuántos se preguntarían quién era aquel anciano, de palabra suave, de ojos de niño, cariñoso como un viejo amigo. Pocos sabrían que él era el padre de todas las nuevas generaciones costarricenses y que estaba en la silla del maestro, como un buen sembrador, solazándose al contemplar las eras donde su simiente florece.

* * *

Don Mauro fue abogado, político y tribuno. Como lo primero, poseyó cualidades extraordinarias. Sus conocimientos extensos en la ciencia del derecho, su inteligencia clara, su palabra fácil y donosa, su juicio sereno y penetrante, su ánimo justiciero y recto, hacían de él un sagaz interpretador de la ley y un defensor de la justicia intachable y bravo. Abrió por primera vez su bufete profesional en 1871, a su regreso de Europa, y pronto adquirió prestigio como hombre de saber y de consulta. Tuvo a su cargo los negocios más importantes de su tiempo y las representaciones más valiosas. Quienes conocen sus alegatos los consideran muy dignos de ser reproducidos como piezas modelos de exposición brillante y de elevado sentido jurídico.

Como consecuencia de su carácter profesional, el año de 1874, el General Tomás Guardia, Presidente provisorio de la República, le nombró Magistrado Fiscal de la Corte Suprema de Justicia, y en 1883, don Próspero Fernández, le llamó a formar parte de la Comisión Codificadora, encargada especialmente de la preparación de un Código Fiscal. Ese mismo año el Banco Nacional le dió su representación, confirmando de este modo los

valimientos que había conquistado como profesional entendido, honorable, y digno, por ello, de confianza; también ocupó la cátedra de Derecho Frense en la Escuela del Ramo.

Se diría que don Mauro Fernández se propuso, al procurarse una cultura poco común, al imponerse las más bellas prendas de la urbanidad y al vigilar atentamente por la integridad de su conducta, llegar a conquistar prestigios en la tribuna y desde ella cumplir la obra social que le correspondiera en su carácter de hombre público. La tribuna fue su campo de acción, en ella él se hizo más grande de lo que fuera por naturaleza, desde esa altura él derramó bienes infinitos para los hombres y para la Patria. Poseyó, para ser orador espontáneamente, todas las cualidades que para ello son necesarias y de tal modo refinadas, que pocos costarricenses habrá que con igual éxito y elegancia ocupen la cátedra pública: su memoria era fresca e inagotable; había leído mucho y recordaba todo lo bueno de su copiosa lectura; su razón clara y su entendimiento penetrante y agudo, su imaginación viva y pintoresca y su carácter enérgico. Hablaba con voz dulce y eligiendo las mejores palabras, sin descuidar por ello la claridad del discurso; pero de tal modo era enamorado de la belleza y de la pulcritud, que consideraba de rigor acrecentar la hermosura de las ideas con la bizarría de las formas. Pero lo que le caracterizaba era el vigor con que dominaba su terreno: se poseía bien de los asuntos que iban a ser objeto de su discurso y luego parecía que estaba dirigiendo una batalla: nada estaba de sobra en su exposición, nada faltaba en ella y eso, que trataba los asuntos bajo todos sus aspectos, haciendo cada análisis admirable por la agudeza con que veía las cosas y por la sabiduría con que hacía examen de ellas. Le encantaba la lucha, y se notaba en él la profunda satisfacción que le llenaba el pecho cuando le salía al paso un enemigo digno de él: a los pequeños contendores los abrumaba con una salida siempre expresiva, graciosa y punzante; pero con los otros daba expansión a todos sus excelentes recursos.

Cuando hablaba don Mauro en la Cámara, a las barras aflúan los mejores elementos intelectuales; se trataba entonces de un grande acontecimiento parlamentario. Varias veces estuvo en el Congreso, en 1880 en que se reunió la Asamblea constituyente que iba a encargarse de las reformas y enmiendas a la Constitución de 1859; en 1892 y en 1902. En esta última, las campañas que hizo y los discursos eminentes que pronunció dieron a entender que estaba hecho para sucesos de mayor trascendencia y para parlamentos de otra altura. Tenía cincuenta y nueve años de edad; cuando abandonaba el recinto, experimentábase un sentimiento de halagadora ternura viéndole en su majestad de hombre provento y sus cabellos canos después de haber batallado como el más vigoroso de los jóvenes: un privilegio le cupo a él y fue el de que del desastre del tiempo él salvó su corazón de veinte años; hasta en el momento de su muerte conservó ciertas condiciones propias de las primeras edades.

En su carrera de hombre de gobierno, ocupó varios cargos de consideración. Don Próspero Fernández le llevó al Consejo de Estado y dos años más tarde se le encargó de una misión diplomática a El Salvador, a causa de la guerra provocada por el Presidente de Guatemala, don Rufino Barrios; misión ésta que no se llevó a efecto porque en los días en que el Lic. Fer-

nández preparaba su viaje, murió el Presidente de Costa Rica y se hizo cargo del gobierno su sucesor el Lic. don Bernardo Soto. Este mandatario teniendo gran confianza en las capacidades políticas de don Mauro le encomendó las Secretarías de Hacienda y Comercio y la de Instrucción Pública. En ambas demostró él su capacidad como hombre de Estado: su influencia fue muy sensible en la Administración Pública, trabajó en su terreno con inteligencia y actividad y puede decirse que él le dió fisonomía propia a aquella época histórica. En materia de Hacienda, hizo esfuerzos por regularizar las finanzas nacionales e impuso en el orden político la conveniencia de fomentar el crédito, como recurso indispensable para atender las necesidades importantes del país. En Instrucción Pública, generalizó la escuela popular y desde entonces es un extremo urgente de la Administración, velar por la cultura de las masas para que la democracia tenga hombres capaces. Por una y otra cosa, uno de sus más prestigiados elogiadores, dice de él: "que fue el gran Ministro de Hacienda y el Ministro de Instrucción Pública por excelencia".

Con motivo de rudas agitaciones políticas alentadas por los partidos que se disputaban el Poder, el Licenciado don Bernardo Soto entregó la presidencia a fines de 1889 y don Mauro, como todas las personas que le habían acompañado en su Administración, renunció de su cargo, y abandonó el país y se dirigió a los Estados Unidos.

Es muy poco lo que existe de él como labor literaria y filosófica. Leyendo a Alejandro Bain, escribió algunas anotaciones críticas que deben ser muy importantes: de su viaje por Europa, anotó las impresiones de su permanencia en Sevilla, y estando en Madrid, desarrolló un tema propuesto por Segismundo Moret y Prendergast, el gran político español; en su diario se nos asegura que hay páginas muy apreciables. Algunos discursos suyos fueron recogidos. De lo primero nada se ha publicado.

El 11 de julio de 1905, después de una dilatada enfermedad terminó la vida de don Mauro.

Descendió en los abismos de la muerte como un día risueño, lleno de luz, de armonías infinitas, de suaves aromas, de tiernas emociones, al que sorprende una noche estrellada de nuestros bellos veranos. En sus últimos instantes no perdió el fulgor de su razón, la fortaleza de sus sentidos; en su semblante, al que respetó el dolor, se dibujaron todavía su nobleza de espíritu, su sensibilidad poética, el dominio que él siempre ejerció sobre su propio temperamento. Si fuera por hacer comparaciones, dijéramos que no se despedazó su vida como el cristal que al caer se rompe en mil pedazos, sino como una columna de mármol de la más inmaculada blancura que se hundiera en el seno de un mar tranquilo. El se había concluido, pero dejaba en el alma una deleitable emoción por la manera bella y encantadora con que había hecho la entrega de su valiosa existencia.

Se dice que hubo empeño en reconciliar al conspicuo racionalista con la iglesia católica, a la cual él respetaba tanto y que en recompensa le consideró siempre como uno de sus mayores enemigos. Pero tuvo la suerte de no padecer ningún debilitamiento en su razón y con valentía, pero con suave ademán, rechazó todas las instancias que se le hicieron con aquel fin, venidas de una persona que ocupaba un lugar prominente en su corazón. "Estoy en paz con Dios y con los hombres", fueron sus últimas palabras. A él se puede aplicar la inmortal expresión del historiador romano: "Fue feliz en la ocasión de su muerte".

Está llena la vida de don Mauro de sucesos grandes, pero su muerte majestuosa y ejemplar constituye el más culminante de ella.

Ahora ya no nos queda de él sino sus obras y su nombre: aquellas, para pensar en la lealdad cívica del honrado trabajador del alma costarricense, y éste para pronunciarlo como los versos de oro que los pueblos gentiles grabaron en sus templos de mármol, para deleite del espíritu nacional y para estímulo de los jóvenes: su memoria es la de un hombre que fue un poeta para sentir, que embelleció su vida con la luz acariciadora de una filosofía amable; la de un hombre que poseyó una potente individualidad y que persiguió tanto la ventura de su patria como la perfección de sí mismo.

II

Cuando don Mauro fue Ministro de Instrucción Pública, sus propósitos se concentraron todos ellos en realizar la reforma de nuestro antiguo sistema escolar, determinando en este sentido cuál debe ser el espíritu de la nación en lo que con el negocio de su propia cultura se refiere y precisando asimismo la parte que en fomentar esa cultura y en mantenerla dignamente le corresponde al Gobierno. Al hacerse cargo don Mauro de aquel Ministerio, todo estaba por hacer en el ramo escolar: ni había edificios para instalar convenientemente las escuelas; ni había maestros en el concepto en que debe considerarse esta personalidad por sus virtudes y cualidades para el cumplimiento de esa función luminosa que consiste en enderezar voluntades, crear aspiraciones altas y hacer hombres capaces; ni la mayor parte de los gobiernos anteriores se habían cuidado de dotar la partida del presupuesto de Instrucción Pública a fin de atender sin dificultades y con decoro y como lo exigían las tradiciones del país, el servicio de la enseñanza nacional; ni la masa común sabía darse cuenta de lo que importaba la educación de sus individuos para su propia dicha, ni para el porvenir de una República llamada a mejores días y a mayores progresos, dadas sus inclinaciones naturales y las condiciones que caracterizan nuestra población pacífica y trabajadora.

No queremos decir que antes de don Mauro no hubiera habido gentes empeñadas con el mismo entusiasmo suyo en plantar sobre bases firmes la escuela y en cumplir religiosamente el precepto constitucional de enseñar a las mayorías aquellas nociones que no debe ignorar el ciudadano de toda democracia culta: hombres muchos hubo, como aquellos sencillos políticos que firmaron los primeros rústicos decretos de la República, quienes tomaron a pechos y como cosa que convenía esencialmente a la patria, el cultivo de las luces, y estadistas como don José María Castro y don Jesús Jiménez, quienes en medio de las escaseces y obstáculos porque atravesó Costa Rica en los días en que apenas se iniciaba en las vías de su propia política, no dejaron de mano la obligación de acrecer aquellas luces. Pero estaba en formación el Estado y no era prudente desatender intereses más perentorios, y vivieron aquellos hombres buenos en una época de sobriedad económica que cortaba las alas a los impulsos de los reformadores y progresistas. Además, carecía el país de ese espíritu público que acompaña, alienta y controla al gobierno, y toda la acción había de salir de éste, no poco inquietado por urgencias mayores ni poco atormentado de tarde en tarde por políticos levantizcos e inconformes, sin algunos ambiciosos. Sin embargo, la obra educadora se llevaba adelante, con lentitud, a veces retrocediendo, pero recobrando de nuevo el camino. Una época que en la historia de nuestra edu-

cación ha de recordarse con entusiasmo y gratitud es la de 1869, en la cual se dictaron disposiciones varias con el fin de unificar nuestro sistema de enseñanza y de crear instituciones propias para su desenvolvimiento y estabilidad; las circunstancias políticas del país hicieron olvidar ese esfuerzo y le negaron la ocasión de producir sus efectos. Pero sobre todo, en el gobierno faltaba una tendencia fija y permanente que diese unidad, armonía y orientación a los intereses escolares. Es verdad que fuera del gobierno, hubo algunos hombres adelantados a su tiempo que se vivían haciendo apostolado generoso en favor de la enseñanza, apremiando a los gobiernos para que se preocuparan más positivamente en favor de ella; mas, eran tan pocos, que su afán resultaba casi insensible. Con todo, en las postrimerías de esa época histórica que termina con la Administración de don Próspero Fernández, se había hecho tan patente el desastre de la enseñanza primaria y tan visibles los vicios que la aniquilaban, que los hombres de estudio del gobierno y ajenos al gobierno—pero gentes de consejo y de autoridad—se impusieron como una obligación patriótica en que iba por mucho el honor de la República, la de sistematizar la enseñanza, estableciendo aquellas instituciones ya recomendadas por la experiencia y que eran fundamentales para aquel objeto. Don Mauro recogió esos elementos, y haciéndose representante de una aspiración por lo menos generalizada entre las clases pensantes, emprendió aquella hermosa tarea de donde surgió la Costa Rica nueva, acaso menos sencilla, menos apegada a las tradiciones patriarcales, más inquieta y curiosa, menos cándida y simple, pero tal como la imaginaron aquellos que en las primeras horas de su vida independiente dijeron que un “estado no podía vivir sin luces”, pensando nada más que en las virtudes públicas.

* * *

Don Mauro recibió, pues, como herencia: de un lado, maestros que cumplían arbitrariamente en sus tareas, sin sujetarse a sistema alguno, ateniéndose a lo poco que sabían y a las facultades espontáneas y naturales que poseyeran para enseñar; algunos sumamente ignorantes, otros poco escrupulosos y tales atrabiliarios, sin culpa acaso por su parte, o mejor dicho, sin culpa alguna, porque ni arriba se miraba como era debido la preparación del elemento docente, ni abajo había motivos para enorgullecerse de que el país tuviera buenos maestros, para estimularlos y para mejorar su suerte. De otra parte, había lugares importantes sin escuela por falta de edificios que tuvieran las condiciones apenas apetecibles para el objeto; en otras vecindades, en un mismo edificio se encontraban instaladas la cárcel y la escuela; no es necesario decir los inconvenientes que resultan de esta proximidad de dos instituciones tan incompatibles y al mismo tiempo tan mal servidas. Mezquinos fueron, por demás, los elementos de que disponía el maestro para auxiliarse en sus lecciones: ni mapas, ni pizarrones, ni libros. Y qué mucho que ello faltara, si hubo establecimientos en los cuales los alumnos hubieron de escribir poniendo las pizarras sobre las rodillas porque la escuela carecía de asientos y hasta de una mala mesa para el profesor? Al abandono del Gobierno, se agregaba la discordia y la indiferencia reprochable de las gentes comunes que nunca han podido ver con cariño las cosas de la escuela: los padres enviaban con poca voluntad a sus hijos donde un maestro que no tenía fe en su labor, que en medio de la general indiferencia de que era víc-

tima había perdido todo entusiasmo; durante el curso lectivo el educando era retirado de la escuela para llevarlo a los quehaceres del campo o para ocuparlo en los servicios de la casa; y como concurriera en la escuela, lo hacía con las manos cruzadas, pues considerando la familia como un cargo forzoso por parte del Gobierno el que enseñase a sus hijos a leer, a escribir y a *contar*, se juzgaban relevados de la obligación de gastar en proverlos de lo conveniente para los ejercicios escolares. Aquellos maestros, quienes a pesar del desaliento que les rodeaba y de su propia miseria, aun le encontraban majestad a su sacrificio y por abrillantarlos se afanaban con vehemencia, con sus pobres proventos compraban materiales para dotar sus clases, contentándose para vivir, acaso, con los presentes que les hacían sus discípulos, o quizás, imponiéndose ese compromiso para evitar que les clausuraran el establecimiento.

Seríamos ingratos si desconociéramos que hubo en aquellos dilatados días de desidia, hombres que jamás cesaron de encomiar la importancia de la cultura del pueblo y quienes trabajaron incesantemente y como bravos soldados por despertar en el espíritu público la dignidad del saber y de la conciencia y por comprometer al Gobierno en la empresa saludable de darle a Costa Rica escuelas y maestros. Hombres estos, si se quiere santos por el ardor religioso con que practicaban su apostolado, predicadores virtuosos en el desierto, hoy ya olvidados, porque lo que hacían era leal y generoso, pero no para poner ruido en el mundo. Uno de ellos fue don Francisco Picado, cuya personalidad de corte sencillo, y eminente por su inteligencia, por su voluntad y por su corazón, merece juzgársela porque constituye un ejemplo del más bello tipo del costarricense empeñoso por la felicidad de la patria y desinteresado para con ella. Él, por su larga experiencia en la enseñanza, por su preparación científica y por su lucido criterio, conocía las flaquezas de las cuales adolecía aquel servicio y diseñó las medidas adoptables para ponerlo en buen pie. Fue muchos años Inspector de Escuelas en San José y en provincias y en tal carácter dió las líneas generales del plan sobre el cual establecer la reforma de la enseñanza, y desde entonces se desvelaba porque los maestros tuviesen alguna noción de sus deberes esenciales y para ello organizó conferencias pedagógicas a las que asistían aquéllos, y que alcanzaron algún éxito.

Con esta situación se encontró don Mauro al aceptar la Secretaría de Instrucción Pública.

Tampoco el estado general del país era de lo más halagador: salía éste de un largo período gubernamental surgido de uno de aquellos golpes de cuartel que desmoralizaron la primera mitad de los últimos cincuenta años de nuestra historia, y los cuales producían por consecuencia ineludible las falsas situaciones que la violencia trae consigo: el desasosiego de los intereses que no se sienten bien bajo estas dominaciones nacidas de una irregularidad, el desequilibrio político que exige del Gobierno una vigilancia preferente de su propia conservación a costa de cualesquiera otras atentaciones de mayor bien para el país, y que no deja—en fin—desahogo para ocuparse de las cosas de la paz. Todo ello, indicaba a los jóvenes políticos del nuevo Gobierno que al frente de ellos había una obra magna de verdadera renovación de

de procedimientos, de instituciones, de principios, un hacer de nuevo la casa de los costarricenses con abnegación y celo, con rectitud y alteza. Acababa también el General Barrios de declararle la guerra a los pueblos centroamericanos que no comulgaban con sus aspiraciones unionistas, y fue el de Costa Rica uno de ellos. Los ciudadanos fueron llamados a sus cuarteles; la República puesta en estado de sitio, y algunos servicios públicos suprimidos, para concentrar los recursos del tesoro en las demandas de la guerra. La enseñanza corrió esa misma suerte, y las escuelas fueron clausuradas. Varios maestros mantuvieron, sin embargo, abiertas las suyas, sin exigir remuneración alguna. Por fortuna, el vendaval de los días de guerra pasó pronto y nuestros hombres comenzaron ya en firme, la mejor parte de su vasta tarea gubernativa.

Entonces don Mauro, como dice uno de sus fervientes devotos admiradores, "fue de puerta en puerta a todas las casas de Costa Rica, en la ciudad y en el campo, en lo alto y en lo bajo, en lo soberbio y en lo indefenso a hacer el día", el día del espíritu. Él hizo todo lo práctico que la reforma reclamaba, dió forma a los anhelos de cultura que en el ambiente se agitaban, y ello con voluntad que no padecía quebranto, con aplicación ardorosa y con perfecta compenetración de la bondad de su empresa, acopiando a ella cuantos elementos tuvo a mano o su imaginación genial halló. "No reparéis en sacrificios" decía enérgicamente a los diputados de la legislatura de 1885. Él, por su parte, no reparó en ninguno: de lleno se entró bizarro en la obra, y en un país, donde cualquier esfuerzo oficial se adormece pronto por falta de estímulos, o se quebranta sin éxito por escases de voluntades que lo formalicen, don Mauro construyó algo efectivo y duradero.

* * *

Los gérmenes de la reforma se encuentran por primera vez en la circular que él dirigió a las autoridades que conocían del servicio escolar, el 11 de mayo de 1885. Es de advertir que la mayoría de las circulares que dictó como Ministro de Instrucción Pública y sus memorias anuales, son escritas por él, y ellas, por tanto, mejor que cualquier otro documento, nos revelan la energía, las intenciones, los deseos del reformador. Esa circular dirigida a los gobernadores y municipalidades de la República, esboza el plan general del Gobierno respecto a las bases sobre las cuales habría de establecerse el servicio escolar y el perfeccionamiento de que serían objeto sus instituciones capitales.

"No pequeños son los progresos alcanzados en cuanto al cumplimiento del principio constitucional que declara la enseñanza primaria obligatoria y costeada por el Estado—dice el Ministro—pero ellos no cuadran ya con el grado de cultura de Costa Rica, y menester es, por lo tanto, levantar la instrucción a la altura debida, para que el desenvolvimiento social se armonice con los múltiples fines del hombre". Fija después, en términos concretos y explícitos, cuales son los proyectos del Gobierno, particularmente en cuanto al establecimiento de planteles en donde preparar el personal docente. Fue ese objetivo el alma de la reforma, o como si dijéramos, la piedra angular del grande edificio, y había, es natural, de preocupar insistentemente al Licenciado Fernández por lo que a él consagró parte preferente de su pensamiento. Él consideró, y en cuestión siempre palpitante, que por buenas que sean las más adelantadas instituciones escolares, nada podrá conquistarse de práctico

y provechoso, si faltan elementos connaturalizados con tales instituciones, porque las comprendan, y estimen sus virtudes, se den cuenta de su importancia y sepan como hacerlas eficaces. Ya se conocía entre nosotros el sistema moderno que sin descender a puerilidades y simplezas, sino que basado en "la sencillez, la suavidad y el atractivo", es el único adecuado para la educación de la niñez; pero era reducido el número de maestros que lo aplicaban e interpretaban con juicio. El Gobierno no quería omitir contribución alguna que estuviera a su alcance para lograr la formación de maestros competentes, para dotarlos debidamente, y para facilitarles su labor, introduciendo para ello, los modernos métodos de enseñanza, los textos mejor recomendados y el material de escuela conveniente.

Para coordinar las materias a la Instrucción Pública correspondientes, desde la primera enseñanza hasta la superior, enderezándolas todas bajo un plan racional y positivo, don Mauro proyectó la formación de un Código de Instrucción Pública. Se habría conseguido con este cuerpo legal, no sólo unificar los intereses de la educación impartida por el Estado, sino asegurar sus derechos en lo que fuera compatible con la racional y necesaria intervención del Poder Público en el servicio a él encomendado.

Por excelentes que fueran los anhelos por organizar la enseñanza, por vigorizarla y estimular su desenvolvimiento y perfección, lo primero había de ser la construcción de edificios escolares. "El sentimiento religioso de los costarricenses ha levantado templos para el culto en los más humildes distritos; culto es la enseñanza, y las escuelas, templos donde se trasmite la verdad y se infunde la virtud".—Decía el Ministro, y a su vez, llamaba la atención de las autoridades locales, a las que se dirigía para que, "impulsando, sosteniendo y dirigiendo el patriotismo de los pueblos, sin menoscabo del sentimiento religioso, consagrarán sus energías en la construcción de edificios adecuados para la enseñanza y la adquisición del mobiliario al estilo moderno". En este terreno, para hecer más sensible la intervención de los pueblos en el movimiento patrocinado por el Gobierno, recomendó la formación de las Juntas de Educación, en los cantones y distritos, trayendo a ellas los elementos más notables de cada uno de esos lugares.

Esta es la plataforma del señor Fernández: discretamente concebida, de modo que aun implicando un movimiento nuevo, gozara de simpatías para su acogida y ejecución. Pocos planes políticos entre nosotros se han conducido al dominio de la práctica, partiendo de puntos precisos, siguiendo caminos racionales y fáciles y con tanta prudencia y habilidad en su dirección, como éste. No había en él concepciones fantásticas, pretensiones imposibles, ni caprichos, ni irreflexiones, ni excesos.

* * *

La circular del 10 de abril de 1886 contiene, como si dijéramos, los fundamentos filosóficos de la reforma; en ella, don Mauro explica sus ideas respecto a los principios en que debe inspirarse la escuela y a las direcciones que debe seguir en el desenvolvimiento de sus actividades.

"La ley establece que la escuela primaria tiene por objeto favorecer y dirigir, gradual y simultáneamente el desarrollo físico, moral e intelectual del educando y que la enseñanza debe ser gradual y darse sin alteración de grados.

“Estas prescripciones de la ley, basadas en la naturaleza y desarrollo progresivo del hombre, nunca deben descuidarse y mucho menos olvidarse por el institutor.

“LOS PROGRAMAS no abarcan en manera alguna, todo lo que de las materias correspondientes a la enseñanza primaria pueden aprenderse, sino única y exclusivamente aquello que, según la exacta expresión de acreditados educadores, A NADIE ES LÍCITO IGNORAR.

“Limpieza y aseo de personas y cosas, canto y ejercicios gimnásticos, adecuados a un buen desarrollo físico, ejercicios manuales, consejos higiénicos, todo esto reclama imperativamente la parte física de la educación.

“La intelectual no merecerá tal nombre, si el maestro ignora o desconoce que los conocimientos que debe trasmitir han de ser bien enseñados, tender a un resultado práctico y positivo, obrar sobre las facultades del niño para formar su espíritu, para estimularle a cultivarlo por su esfuerzo propio, y para iniciarle, digámoslo así, en las primeras verdades de la ciencia.

“No deben los maestros olvidar, por otra parte, que siendo reducido el número de conocimientos que la escuela primaria está llamada a dar, y por lo común, tan irregular la asistencia de la juventud a la escuela, harán perder su tiempo a los alumnos si se ocupan de materias ajenas a la educación común, o pretenden dar a determinadas asignaturas del programa una extensión natural de la segunda enseñanza, pero impropia a todas luces de la primera.

“Poco, bien enseñado y de resultados positivos, debe ser la fórmula que en ésta han de seguir los maestros.

“Pero si la educación física y la intelectual no se acompañan de la educación moral, no habrá logrado el institutor llenar cumplidamente su misión.

La parte moral de la educación exige del maestro esfuerzo de un orden completamente diferente a los del desarrollo físico e intelectual, y su misión es tanto más delicada, cuanto muchos aprenderán exclusivamente de él y en la escuela solamente, las pocas nociones de moral que han de guiarles en su vida entera.

“No hay hora determinada para trabajar en ella. La acción y vigilancia del maestro deben ser incesantes. Para el logro de esto, debe hallarse siempre en frecuente contacto con sus discípulos y establecer y mantener aquella corriente de ideas y de sentimientos indispensables para el logro del desenvolvimiento de parte tan vital en la educación.

“Llamado a formar la conciencia moral y a fortificar la noción del deber, debe el maestro evitar toda discusión teológica y filosófica, pues no lo permiten ni el carácter que reviste, ni la tierna edad de los niños que la sociedad y el Estado le confían.

“Partiendo de la existencia de la conciencia, de la ley moral y del Deber, que ha de sentar como verdades axiomáticas, en vez de sublimarse en la exposición de la teoría de la moral, debe el maestro observar diligentemente los principios sentados en el primer grado del programa y trabajar sin descanso sobre la voluntad del niño para inclinarlo siempre a obrar bien”.

Hay entre don Mauro y el padre de la educación americana, Horacio Mann, puntos muy visibles de contacto que hacen pensar en una inspiración del primero en el prospecto de Horacio acerca de la enseñanza primaria en

los Estados Unidos. A él se parece igualmente, para usar las palabras de uno de los panegiristas del sabio educador: "por el interés democrático y el entusiasmo moral, su sentido práctico y talento organizador". El informe de Mann, dirigido al Secretario del Board of Education de Massachusetts, estudia las siguientes cuestiones: edificios escolares, comités escolares, sentimiento popular en favor de las escuelas públicas y de los maestros, bajo estas fórmulas: "La educación en una democracia debe ser pública y extenderse igualmente a todas las clases de la población. Las escuelas públicas deben ser lo mejor posible; la educación debe apoyarse en la ciencia y no en la autoridad, la educación debe estimular la verdadera religión, pero debe libertarse de las preocupaciones sectarias; la educación ha de ser una preparación para la vida doméstica, económica, social y política, y no meramente la adquisición de una enseñanza curiosa, de pedante academismo o de resultados brillantes. Su fin es la adquisición de la personalidad social y moral. La educación se proporciona en edificios escolares bien constituidos, bien ventilados, provistos de buena biblioteca y de todos los aparatos necesarios para una fecunda enseñanza; y deberá ser impartida por maestros preparados y competentes que hagan de la enseñanza su profesión. El Estado no debe escatimar los recursos en el sentido de hacer efectivas esas máximas y debe considerar su propiedad como un medio para la educación de los ciudadanos".

Es esta la doctrina del Estado en cuanto a su función educadora, y a don Mauro le correspondió hacerla efectiva entre nosotros.

III

Tres disposiciones legales constituyen lo sustancial y característico de esta verdadera revolución del espíritu costarricense, y son al mismo tiempo los tres sucesos más significativos de aquel movimiento: la ley sobre Juntas de Instrucción Pública de 17 de julio, la ley fundamental de Instrucción Pública de 12 de agosto de 1885 y la Ley General de Instrucción Pública de 26 de febrero de 1886. La primera de estas instituciones contiene las facultades de las juntas escolares, entre otras: la de velar por hacer efectiva la asistencia de los niños en sus escuelas; atender a la conservación de los locales, recaudar los fondos que servirán para esa conservación y censurar la conducta de los maestros y de los alumnos.

La Ley Fundamental determina la naturaleza de la Instrucción Pública, en oficial y particular y la primera la clasifica en: primaria, complementaria, de adultos, normal, general, especial, profesional y universitaria. La Dirección e Inspección Suprema de la Instrucción Pública, queda bajo el control del Ministerio del Ramo, asistido por un Consejo Superior de Instrucción Pública, y la supervigilancia inmediata es atribución de las Municipalidades. La ley asienta, además, este principio fundamental en materia de enseñanza: "cualquier costarricense o extranjero es libre para dar o recibir la instrucción que a bien tenga, en los establecimientos que no sean costeados con fondos comunes". Finalmente, fija las nociones que comprende cada una de las secciones indicadas. En sus líneas generales, la ley sigue de cerca a la fundamental de 28 de marzo de 1882 sobre enseñanza primaria en Francia y que es considerada "como uno de los asientos del Estado francés moderno". Esta última proclamó la doctrina de la laicización de la enseñan-

za dada en las escuelas públicas, sin querer con ello, como dice un profesor eminente, dar a entender que la enseñanza debía ser impía: "significa que la enseñanza religiosa ha de ser impartida fuera de la escuela. Ella es una salvaguardia de la libertad de conciencia". El legislador francés fue consecuente con esta doctrina, y para que los padres de familia se dedicaran a la enseñanza de la conducta religiosa de sus hijos, estableció que un día de la semana, fuera del domingo, la escuela se cerraría. Como era de rigor en un país donde la Iglesia ha llegado a ejercer una amplia y honda autoridad, las tendencias del Ministro Ferry, patrocinador de este gran movimiento, provocaron vivas agitaciones en el elemento religioso. La revolución escolar nuestra, aun cuando no patrocinó abiertamente la laicización de las escuelas, se alentó con el mismo espíritu liberal, y para hacerlo sentir, suprimió la enseñanza religiosa. Por este motivo, la reforma tuvo sus enemigos entre quienes piensan que siendo la escuela una continuación del hogar, que vive del soplo de éste, de sus costumbres, de su energía y de sus aspiraciones, no le era dable contradecirse con él, levantando un campo aparte en cuanto al temperamento y normas bajo los cuales se le encomienda la educación del ciudadano común.

Como la ley francesa, la nuestra ha servido de base a la Costa Rica de los últimos veinticinco años al organizar en un plan científico la enseñanza nacional, al vivificarla con el espíritu de las modernas instituciones y al interesar a la nación en el negocio delicado de su edificación moral y del cultivo de su entendimiento.

La Ley General, refunde las disposiciones anteriores y normaliza de una vez todo el servicio escolar. Contiene los preceptos generales sobre la enseñanza primaria; algunas medidas compulsivas; la división territorial escolar; crea las autoridades de instrucción pública y que son: el Ministro de Instrucción Pública, el Consejo Superior, el Inspector General de Enseñanza y los inspectores provinciales; organiza formalmente las Juntas de Educación; fija la naturaleza, atributos y garantías del personal docente; las reglas a que deben someterse las escuelas privadas; las condiciones a que debe estar sujeta la enseñanza que se imparte en el hogar; las disposiciones sobre matrícula escolar y censo; la duración de los cursos lectivos, vacaciones y licencias; medidas respecto a la construcción de los edificios para las escuelas; crea las rentas escolares, la contabilidad y las penas para las infracciones de que sea objeto la ley.

En cuanto al personal docente, dispone que: "nadie puede ser maestro de una escuela pública sin justificar previamente su capacidad técnica, moral y física para la enseñanza; las primera con diplomas o certificados expedidos por autoridad escolar competente". Estos diplomas de maestros de la enseñanza primaria serán expedidos por las Escuelas Normales de la nación. Los maestros nombrados permanecerán en sus puestos por todo el tiempo de su buen desempeño a juicio del Ejecutivo. Los maestros titulados que después de diez años de servicio consecutivos se viesen en la imposibilidad de continuar ejerciendo sus funciones por enfermedad, gozarán de una pensión vitalicia igual a la mitad del sueldo que perciban; si los servicios hubiesen alcanzado a quince años, tendrán de pensión tres cuartas partes de su sueldo; pasando de veinte años, el maestro que quisiese retirarse por cualquier causa, tendrá derecho al sueldo íntegro como pensión de retiro. Y al referirse a las penas por razón de su cargo, dice la ley inspirada en un sano principio de justicia y de equidad, que: "los maestros deberán ser oídos y se les admitirán todas las pruebas que produjeren en su descargo, para lo cual tendrán el término que se les señale, no menos de ocho ni mayor de quince

días. Los maestros, declarados inocentes, serán repuestos en sus destinos y reintegrados de los haberes que se les deban y se publicará su inocencia en el periódico oficial".

Tales son los puntos salientes de la ley, o mejor dicho: los que sirven de base al edificio escolar de que nos vanagloriamos los costarricenses con orgullo legítimo.

La escuela primaria—dice la ley—tiene por objeto favorecer y dirigir gradual y simultáneamente el desarrollo moral, intelectual y físico del educando.

La enseñanza primaria es gratuita y obligatoria para todo niño de siete a catorce años de edad residente en la República.

La obligación escolar se llena, ya sea frecuentando la escuela pública, ya concurriendo a alguna escuela privada o bien mediante la enseñanza en el hogar de los niños.

El artículo 7º determina cuál es el mínimo de instrucción obligatoria y comprende en él: Lectura, Escritura, Aritmética, Geometría, Objetiva, Nociones de Geografía Universal y particular de Costa Rica, Historia de Costa Rica, Ejercicios Prácticos de Lenguaje, Gimnástica, Moral e Instrucción Cívica. Para las niñas hace obligatorio, además, el conocimiento de labores de mano y nociones de economía doméstica, y para los varones el conocimiento de los ejercicios y evoluciones militares más sencillos y en las campiñas, nociones de agricultura.

Divide las escuelas en elementales y complementarias, y establece también, como escuelas especiales de enseñanza primaria, jardines de infancia, escuelas de adultos en los cuarteles y demás establecimientos donde hubiera agrupaciones que las justificaran, y escuelas ambulantes en las poblaciones rurales.

El Consejo Superior de Instrucción Pública, lo componían el Ministro del Ramo en calidad de Presidente nato; el Inspector General de Enseñanza, el Rector de la Universidad Nacional y dos vocales nombrados anualmente por el Poder Ejecutivo, el uno de la segunda enseñanza y el otro de la enseñanza libre.

* * *

La ley, como se ve, era de un corte sencillo y preciso y revela la habilidad organizadora del estadista. Resumió ella—en sí—las más avanzadas tendencias que en orden a reformas escolares se hacían sentir en los centros cultos; cuanto dispuso fue accesible, lógico y temporáneo y en muchos respectos legó al porvenir los elementos de una saludable renovación. Sobre todo, nada dejó que desear en cuanto a las bases sobre que asentó la escuela del Estado; atendió a la uniformidad del sistema; concretó con claridad la índole de la superintendencia del Estado, y la idiosincracia "elemental, patriótica y práctica" de la enseñanza obligatoria y gratuita. Concluido esto, no faltaba a tales instituciones para resolverse en consecuencias positivas, sino encarnarse en las costumbres, y no viciarla introduciendo en ella reformas que no estuvieran plenamente justificadas, según las expresivas palabras de don Pedro Pérez Zeledón.

Don Mauro no abandonó la enseñanza secundaria. No conocemos su criterio sobre si es o no imperativa obligación del Gobierno el costear la

enseñanza en los liceos; pero dentro de su proyecto era necesaria la acción oficial en el terreno de los estudios secundarios: él deseaba una conexión íntima y recíproca de las instituciones de enseñanza y en su mecanismo cabía igualmente hasta la universitaria; así cumplían ellas con igual eficacia una función de progreso gradual en los estudios y realizaban el sabio pensamiento pedagógico del desarrollo científico del espíritu humano. Es de creer que la obra de don Mauro en el campo de la enseñanza primaria habría sido más fecunda si hacia ellas se hubiesen dirigido las energías oficiales, en vez de relajarlas aplicándolas a círculos distintos. Ello ha hecho que a pesar de algunos progresos alcanzados, no sea satisfactoria la situación de la enseñanza en las escuelas y colegios. Un sistema, tal como lo imaginaba él, es imprescindible cuando se trata de imponer estas o aquellas corrientes políticas y el Gobierno se considera en el deber de hacerlo, o cuando se persigue una especial organización del Estado, imperialista y centralizadora como la Francia que soñó Napoleón en sus mejores días. Pero en nuestras agrupaciones sociales, de marcados arranques hacia la descentralización y en las cuales la influencia gubernativa debe reducirse a sus más estrechos límites, el Estado no tiene más compromiso, como educador, que el de proveer al ciudadano de aquellos elementos con que puede vivir la conciencia de un hombre común. Se podría alegar que el país es pobre y no cuenta con recursos para darse el lujo de mantener colegios de segunda enseñanza particulares. Pues si no posee cómo sufragar tales gastos, tampoco posee como satisfacer otros de más importancia para su economía. Un país pobre debe tener una sociedad igualmente pobre: cuando esté en buenas condiciones domésticas sí puede darse el lujo de mantener una población rica o que vive a lo rico, como lo son las clases intelectuales. Este no era un problema el 86. En honor a la verdad histórica, digámoslo: el gobierno no pretendió solamente organizar la instrucción pública, sino también ponerla en un pie de defensa contra el elemento religioso que estaba adquiriendo indudable preponderancia, y esto no era asequible, en tanto el Gobierno no adoptase una fórmula social y no la aplicase enérgicamente a las instituciones de enseñanza.

* * *

Cuando la primaria estuvo encaminada, el Gobierno tomó bajo su tutela la secundaria. El criterio del Licenciado Fernández era: "el de que un sistema de Educación Nacional no sólo requiere que la primaria se establezca sólidamente—según el concepto moderno de ella—abrazando la integridad de la naturaleza humana, educando e instruyendo al hombre para la lucha de la vida activa, sino que también demanda el implantamiento y dirección de la segunda enseñanza en armonía con los principios y fines que ella persigue, pero en relación con el estado general del país y sus inmediatas necesidades y aspiraciones". En seguimiento de tales propósitos, se fundaron dos colegios de segunda enseñanza: uno en Alajuela que se llamó el Instituto Nacional de Alajuela, el 6 de setiembre de 1889, y el Liceo de Costa Rica, el 6 de febrero de 1887. El Liceo de Costa Rica nació de la Universidad de Santo Tomás. Hacía mucho tiempo ya que esta institución perdiera sus antiguos prestigios y dejara de constituir un centro verdaderamente universitario. En sus claustros, otra vez famosos, por la firmeza y elevación de los estudios que en ellos se hacían, no existía ahora sino la Cátedra de Derecho.

La Universidad poseía fondos propios con los cuales atender a sus gastos, y gozar así de cierta independencia: que así mismo se proyectaba reconstituirla, pero nada era bastante para justificar la existencia vegetativa de un centro de enseñanza, allí donde todo se renovaba hasta en sus cimientos y con fuerza para darle nuevos rumbos al país. El Gobierno suprimió la Universidad, tomó sus fondos en administración y fundó el Liceo de Costa Rica y la Escuela de Derecho.

Se imputa a don Mauro el pecado de haberle dado muerte a la histórica Universidad, único establecimiento de su clase en nuestro país, pero ha de hacerse justicia. En su tiempo, como lo hemos dicho, no tenía organizada ninguna facultad; sin embargo, las gentes se habían acostumbrado, como dice él, "a considerar el edificio como representante de la institución y de aquí la creencia que alimentamos de que tenemos una Universidad, sin atender a que ella para que tal nombre merezca, debe ser un sistema de estudios reunidos en un cuerpo común, por la unidad poderosa que la historia y la filosofía imprimen en la enseñanza de todas las ciencias. Cada vez que meditemos sobre lo que encierre ese edificio, llamado Universidad, el desencanto será inmediato y el desconsuelo inmenso: hay allí una Escuela de Derecho; imperfecta en su organización; una biblioteca que aún todavía no llena los fines que le dieron vida, y los restos de un gabinete de física y laboratorio de química derruidos por el tiempo".

Por lo demás, no era ésta una apreciación puramente oficial, sino el modo de pensar de los mejores hombres en aquel tiempo, y si algunas clases se resentieron con el proceder del Gobierno, fueron las que poco a poco, desde entonces han concurrido a integrar cierta forma de demagogia que ha trastornado los buenos hábitos de la República.

Para don Mauro la Universidad propiamente dicha, donde se cultiva la ciencia pura, no tiene razón de ser en un país tan pequeño como lo es Costa Rica. En lugar de ella, abrigaba el propósito de establecer una escuela politécnica, en la cual se cultiven las ciencias desde el punto de vista de su inmediata aplicación en la vida práctica.

Para la preparación de los maestros se fundaron: la Escuela Normal y el Colegio de Señoritas.

* * *

No fueron halagadores los primeros resultados de estas experiencias, las cuales por lo demás fueron combatidas, aunque no abiertamente y resueltamente, por los intereses que se consideraron amenazados y heridos por ellas. Don Mauro luchó sin desmayo y día a día por mantener el edificio y afirmarlo, a pesar de esas y otras tantas dificultades que se le venían encima; desplegó para ello una voluntad extraordinaria, una admirable integridad de carácter, una aplicación tenaz, sostenido todo por aquella fe bondadosa y eximia en el triunfo de las ideas. Para él no había discusión posible en ningún pueblo ilustrado, "sobre las ventajas y necesidad del esparcimiento de las luces, y es verdad averiguada ya de que la educación nacional es la base de las instituciones y que camina directamente a su ruina todo pueblo que en el oscurantismo establece su tenebroso imperio". Y como quisiera evitarle esta vergüenza al país, agregaba: "no debe haber vacilaciones, y cualesquiera que sean las circunstancias del tesoro y las erogaciones que la reforma exija, si amamos de veras a la patria y no nos es indiferente su grandeza o ruina,

menester es que formemos la resolución inquebrantable de poner en juego todos los recursos que estén a nuestro alcance, para convertir en realidad el perseguido ideal. "No reparéis en sacrificios—agregaba con inspiración profética y en palabras que hoy son una verdad indubitable—una sólida y bien encaminada instrucción ha de economizar más tarde a la República ríos de sangre y de lágrimas. Pensad que es la escuela el lugar en donde debe formarse el ciudadano; que allí es donde aprende amar a la patria y sus instituciones, que allí adquiere el sentimiento de la dignidad y el hábito del trabajo, y allí es donde se le enseña a pensar y raciocinar, para que no sea más tarde el instrumento de pasiones e intereses ajenos, sino el guardián de sus propios derechos".

Don Mauro comenzó ante todo por elevar en un 97,23 por ciento la partida del Presupuesto correspondiente a la Instrucción Pública. El monto de esa partida, durante los cuatro años anteriores, había sido de ₡ 85,757 08 por término medio, y ahora acrecía de un golpe a ₡ 239,322 59. Dieciocho años antes apenas alcanzaba a ₡ 14,271 93.

En el primer año de la Administración del Licenciado Soto se establecieron 160 escuelas, que servían 230 maestros. Se matricularon 12632 alumnos. Al año siguiente el número de escuelas aumentó a 529.

En la última de sus manifestaciones a la Cámara, se vanagloriaba don Mauro de haberle entregado al país la Instrucción Pública organizada y reglamentada en todos sus ramos. "Se inició—decía—una ardua, difícilísima empresa, y para llevarla a término ha sido necesario superar grandes dificultades y luchar contra el exceptismo de unos y contra la inconsiderada exigencias de otros que quisieran que la ciencia tuviera entre nosotros, al igual de lo que sucede en las naciones más cultas, un organismo que fuese una actividad social llena de vida y de poder. Animado el Gobierno de los más excelentes deseos en pro de la educación, procuró allegar gran número de elementos para el logro de este fin social y no trepidó en sus tareas ni fueron parte a embarazarlo las preocupaciones, que las preocupaciones pasan y sólo el bien que se hace queda en pie".

El 8 de noviembre de 1889, se retiró don Mauro del Gobierno con la conciencia satisfecha; como diría él, de haber realizado una obra útil a los intereses morales de la patria.

Le cabe, pues, a don Mauro, el honor de haber puesto la Instrucción Pública, dentro de un sistema, y asentándola sobre bases más o menos estables; acaso tuvieron razón los que hace veinticinco años le combatieron con ardimiento, acaso sean un tanto justas las críticas que aun hoy se hacen a su plan, pero nada será bastante para restarle la hoja de laurel que generaciones agradecidas y nobles ha colocado sobre su frente límpida y serena, en reconocimiento, no tanto de las instituciones que fundara, como de aquel vigoroso sentimiento que él llevó al espíritu de la nación y por virtud del cual, las escuelas escolares ocupan positivamente el primer lugar entre nuestras preocupaciones, y nos hace considerar el amor a las luces con la misma reverencia y pasión que el creyente consagra a su devoción religiosa. Él trajo a la República al camino de las naciones adelantadas, que ven como cosa en que les va la vida y el honor, la edificación moral de sus hijos. La Costa Rica de hoy—en lo que tiene de virtuosa—la Costa Rica ávida de cultura;

la del ciudadano laborioso que tiene en particular estima el cultivo de su inteligencia; la del campesino que conoce sus deberes políticos, sus obligaciones de hombre civil, que se interesa por los negocios públicos, que lee, que discute, que piensa; este país admirable que resuelve el más trascendental de sus problemas, el de la renovación de sus poderes, como apenas lo hacen las naciones de mayor experiencia y de más claro sentido, sin trastornos, sin pasiones desordenadas, sino como en un día de fiesta grande, el cual pasado, los hombres vuelven tranquilos a sus trabajos, y en el ardor y entusiasmo de la empresa cotidiana, se olvidan las pequeñas lastimaduras del partidatismo, y la hermosa familia se reconcilia pensando nada más que en la patria dichosa; esta Costa Rica que ha hecho evidente el ideal del pensador helénico: amar la filosofía sin menoscabo de las conveniencias de la vida, viene de la cabeza y del corazón de aquel hombre preclaro, quien amó nuestras tradiciones de sencillez y de pureza de costumbres, e iluminándolas con la luz de las nuevas conquistas las legó al porvenir en la forma de creaciones brillantes, para que fuesen su alma.

IV

Don Mauro quiso con su sistema de educación, modelar en el costarricense criollo un tipo acondicionado especialmente para vivir y obrar, si es dable decirlo, en el territorio patrio: con aptitudes para aprovechar las fuerzas de nuestro pedazo de tierra y con una alma capaz de comprender las modestas aspiraciones de la República. Es un anhelo, de todos los pueblos que necesitan un soldado o un ciudadano de particulares cualidades, desarrollar por medio de su sistema educativo aquellas condiciones en el hombre que le acercan al modelo previsto: sea el modelo griego, el modelo romano, el modelo germano, el inglés o el yanki. Toda la enseñanza concurre a ello con mayor o menor éxito, aprovechando con prudencia los elementos que le ofrece la tradición histórica, el alma y la sangre del pueblo, sus recursos económicos, y sin dejar de lado, el papel que la nación desempeña en la política del mundo y la influencia que ejerce o está llamada a ejercer en él. Cuando se habla del individuo británico tan señalado por su dominio personal, por su mentalidad sólida y por sus prendas de caballero, ha de pensarse al mismo tiempo que en las instituciones escolares de Inglaterra, también en el viejo suelo inglés, en la vieja raza normanda y sajona a la cual no envió la política de los césares y en cuyos anales figuran hombres a lo Hapdem y sucesos magnos como la Carta de Juan y el Parlamento largo.

Pero creer, como así lo creen los que ahora nos dotan de instituciones calcadas sin sentido práctico en las de otras gentes, que la escuela lo puede todo, por el hecho de ser escuela, es un error lamentable. Ella tiene su influencia cierta en esto de darle individualidad a una nación; pero no es sólo ella la que debe formar el pensamiento y el corazón de un pueblo, lo mismo que de acuerdo con un plano, trazado en un gabinete de estudio, se levanta un edificio de piedra.

El prejuicio de la suprema acción de la escuela, data desde que se dijo que el maestro alemán fue el vencedor del 70.

Sin reflexión ninguna se admitió esa declaración solemne como un dogma de política pedagógica y desde entonces fue que adquirieron gran

demanda los métodos educativos de Alemania y que en muchos lugares se transplantara el sistema germano. Hoy en día, sin desconocer las virtudes de la educación alemana, el comercio pedagógico se concentra en el mercado inglés, o en algunas otras partes.

Don Mauro sí supo lo que debía hacer: analizó los planes de educación de Inglaterra, de los Estados Unidos, de Alemania, de Francia, de Suiza y de la Argentina, no solo en sus formas, sino también en sus trascendencias. De allí salió la reforma: no de una imitación servil, no de una copia inconsculta e irreflexiva, sino de una labor sensata de examen y de acomodamiento. Él encargó a la escuela la misión de hacer al costarricense, pero su escuela era ante todo netamente costarricense; en un sólo aspecto fue que se apartó, como si dijéramos, del suelo patrio, y fue prescindiendo de la educación religiosa en las instituciones del Estado. Es de aquí de donde sale el más fuerte ataque que se hace a esa revolución educativa. Nosotros convenimos en que sí erró don Mauro quitando a la escuela el cuidado de velar por la educación religiosa del alumno. La escuela es hija del Estado, como lo es el hogar: vive de sus intereses, se alimenta con sus ideas, como si dijéramos: sembrada en su terreno, crece y progresa gracias a la savia que absorbe: le corresponde depurar sus hábitos equivocados, pero abstraerse de sus costumbres buenas, de sus pasiones nobles, de sus sentimientos de honradez, de laboriosidad, de cortesía, de fe religiosa, de respeto a la ley, de disciplina, no puede, sin parecer extraña o divorciada del país en que vive. La reforma fue por esa circunstancia rudamente combatida por la iglesia y por el cristiano de cepa antigua: se trabajó por disuadir a los padres de que enviasen sus hijos a la escuela y en más de un distrito no se estableció junta escolar por falta de personas que aceptaran el cargo. Empero, creemos que la lucha fue irracional aunque justa: irracional porque se interpretó equivocadamente el pensamiento de don Mauro: no fue que pretendiera arrebatarse al ciudadano su creencia religiosa, sino que dejaba al hogar el cuidado de enseñar al hombre sus deberes para con Dios: quién mejor puede hacerlo que una madre y qué mejor que ello para garantizar la libertad de conciencia? Hay una religión verdadera para el católico cristiano, y es la adoptada por él, pero mucho tiempo hace ya que no es dable imponer a una persona un credo religioso distinto de aquel que se acepta por costumbre o por convicción. Sin embargo, Costa Rica es un país donde no hay contienda por discrepancia de cultos y la escuela no tiene por qué negarse a enseñar al hombre sus obligaciones con Dios, así como le enseña las que él tiene para con su patria, para con sus semejantes y para consigo mismo. Este criterio ha predominado ya desde hace varios años. Fuera de esto, la reforma era recomendable por su naturalidad, por su sencillez, por su congruencia con los intereses y necesidades de la nación. Cuáles habrían sido sus consecuencias a habérsela dejado desarrollarse espontáneamente y tal como surgía del pensamiento del reformador? Esto no admite una solución teórica: los que patrocinaron el movimiento creyeron que nada quedaba por hacer, y que el costarricense del porvenir, educado en la reforma, sería tal como lo concebían; los detractores tuvieron motivos para considerar que por virtud de ella el país iba al desastre moral. Estos cálculos no tenían por fundamento premisas matemáticas y en filosofía son tolerables todas las suposiciones que caben dentro de determinado género de doctrinas. Para un juicio moderado, sin embargo, no eran razonables ni el entusiasmo de los amigos ni la desconfianza de la parte contraria: el tiempo era el único encargado de responder prácticamente. Y no solo el tiempo, sino el país mismo, por sus condiciones morales y materiales. En todo caso el plan era obra de un es-

píritu organizador y práctico: admira por la íntima relación de sus distintas partes; respondía a necesidades sensibles; armonizaba con ellas y se inspiraba en una tendencia económica, la única que nos ha de servir de norma, mientras seamos un país pobre y en formación y en tanto no poseyamos la riqueza que nos permita ocuparnos un poco más en las cosas de la fantasía o del espíritu. Persegúan los de la reforma no transformar violentamente la índole de la nación, sino conservar el buen tipo del costarricense trabajador y honorable, de hábitos austeros, de ánimo fuerte, independiente y resuelto para la lucha; hacerle hombre de conciencia para las funciones de la ciudadanía y despertar en él el amor a las luces, ponerlo en mejor terreno para esa lucha y para la defensa de su individualidad. Ese era el ideal de don Mauro y será el de todo aquel que conociendo la historia de la República, el carácter de los costarricenses y la modestia de sus deseos, y ponderando las cualidades del terreno, de la naturaleza y del tiempo, quiera que la nación cuente con hombres propios que aprovechen el rico tesoro propio.

Bajó don Mauro del poder y faltó, desde luego, la inteligencia dirigente del sistema.

* * *

La inestabilidad de nuestro carácter, la inquietud propia a nuestra raza—que no se nos debe imputar como un pecado, pero que sí constituye un defecto grave—y la cual nos hace exigir emociones siempre nuevas, porque pronto nos satisfacen las que ya experimentamos, en la política administrativa nos hacen que aquellas cosas susceptibles de reforma, las reformemos día a día, a veces por capricho, a veces por arraigados prejuicios, a veces por mera pedantería. Con otras gentes, se secularizan las instituciones y se consolidan: es fácil, en consecuencia, apreciar sus deficiencias o bondades; pero nosotros, procedemos en lo grande como en lo pequeño: nuestro campesino por vía de especulación recoge las frutas antes de sazonar: asimismo, concluimos con una ley, con una corporación, con un ensayo, sin haber logrado apreciar sus resultados. Esto es muy visible en la Cámara: allí se sientan los jóvenes un tanto envanecidos por el honor que se les hace y por el de tener en sus manos los destinos de la patria; pronto, deslumbrados por la hermosa gloria que se conquista al escalar la tribuna parlamentaria, amontonan las discusiones de la Asamblea con reformas a lo estatuido o con creaciones, casi siempre demasiado teóricas, sin lugar en la vida práctica y que chocan a los hombres de edad, de ponderación y de cautela. La conformidad con lo que existe, la experiencia dilatada nos enferman: quizás hemos adquirido esa tornadiza voluntad, viva imaginación y ansia de cosas nuevas, de nuestro cielo que tarde a tarde nos deslumbra con paisajes siempre hermosos y distintos. Esto nos hace tiranos en cierto modo, porque las reformas las imponemos, sin madurarlas y sin criticarlas, y por ese lado se nos han ido muy excelentes virtudes, otro tiempo muy estimadas y eficaces.

Por esa razón, la obra de don Mauro es para nosotros como una leyenda: queda desde entonces la preocupación por parte del Gobierno de fomentar la Instrucción Pública, y por parte del pueblo de considerarla como uno de los capitales servicios del Estado. Pero la escuela de don Mauro, modesta y sobria como las gentes de antaño, ha cedido el lugar a una escuela vanidosa, ensoberbecida y desordenada como las gentes de hoy.

No pudiendo consolidarse algunas de las instituciones fundamentales del 86, como la Escuela Normal, por ejemplo; sin quien mantuviera la uniformidad necesaria en nuestro sistema educativo; sucediéndose en las funciones directoras de la misma, elementos de cultura distinta, de inclinaciones diversas, de aspiraciones contradictorias; sujeto todo a la embestida de ensayos, inspirados por pedagogos, más o menos sinceros, más o menos improvisados, ensayos que se atropellan año por año, la educación de los costarricenses ha perdido sus probabilidades de éxito, su espíritu práctico y ha quedado reducida a una multitud de lujosos establecimientos en los cuales ya no se educa a los hombres para vivir en la tierra costarricense, ni se cultivan madres para el hogar patrio, pero en los que el Estado gasta cuantiosas sumas de dinero, y más gastara si se abandonase a las exigencias de quienes creen que todo depende de gastar dinero con los ojos cerrados.

Sería injusto negar toda virtud a nuestras instituciones escolares. Debemos concederles a ellas una parte no despreciable en lo que Costa Rica ha progresado durante los últimos años y sobre todo en el respeto que ha conquistado para sí en el exterior. Por ellas también, como por nuestro temperamento moderado y nuestras recomendables condiciones de sociabilidad, Costa Rica es para nosotros como un santuario, en cuyo pórtico, después de las fatigas del campo y del taller, del gabinete y del foro, la muchedumbre inteligente se agolpa para oír a los oradores y a los maestros comentar, en plática serena y encantadora, la conducta de los que administran la República y la dicha de haber nacido en tal país. Pero no por ello, debemos ocultar sus defectos porque antes le haríamos un mal que un bien.

* * *

El problema escolar está actualmente planteado casi como lo estuvo hace veinticinco años: el maestro en general es deficiente: no es en nuestro ánimo desconocer la bondad de muy recomendables elementos educadores; pero éstos no forman sino una escogida minoría: el resto está integrado por gentes sin preparación o de preparación precipitada, sin ambiciones, sin conciencia de la obra que están realizando, sin iniciativas, y como ellos forman la mayoría, ellos son los que a la larga ejercen la mayor influencia en el espíritu público. El tanto por ciento de maestros que anualmente sale de las escuelas semi-normales no basta para el servicio y es de creer que debe ser una preocupación urgente la de aumentar ese tanto por ciento, procurando facilitar más aún la preparación de maestros para las escuelas primarias, a fin de que el Gobierno disponga con abundancia de elemento docente. Por su parte, la escuela no ofrece confianza alguna; tampoco hay edificios escolares y en materia de métodos aún no se ha hecho el último ensayo. Por lo demás, la escuela está reducida a un intemperante formalismo que a veces la ridiculiza: nos vanagloriamos con la novelería de las prácticas modernas, recientemente importadas, mal comprendidas y peor aplicadas: todo se sacrifica en beneficio de una metodología pedantesca, trasplantada en nuestras instituciones por personas que no nos conocen, o que estando obligadas a hacerlo carecen de visión para ello, impuesta al maestro, a quien así se le arrebató el poder de elegir libremente las formas que estén más en armonía con sus facultades naturales. Es una importación que padece la fiebre del mercantilismo actual, una importación de bagatelas y curiosidades escolares

con las que el preceptor se entretiene en tejer filigranas en la inteligencia de las criaturas, engañando a éstas, engañándose a sí mismo, engañando a los padres de familia con un éxito deslumbrador, pero pasajero. En otro tiempo, menos embargada la escuela con este comercio de métodos, no disponiendo sino de prácticas rudas y rutinarias, ella inculcaba en los hombres virtudes muy apreciables por las que, no desmentían su raza, ni por su conducta ni por su conciencia: la escuela no derrochaba sus fuerzas en sutilezas pedagógicas y estaba poseída honradamente de su función social. Se puede decir que ella enseña ahora muy fácilmente a leer y a escribir, a dibujar y a decifrar el firmamento, pero no le dota ni aun escasamente con aquellos materiales que le sirvieran a su debido tiempo para ser un hombre completo. Este formalismo es su peor enfermedad e inestable, y si nos fuera permitido decir, agitándose en una constante revolución, hace creer a los reformadores escolares en una cierta apariencia de progreso, pues cada adquisición nueva parece como una conquista realizada y un adelanto plausible: y viviendo apenas de esa escolástica del método, la escuela pierde su propio dominio y su seriedad.

Había maestros en la época de la reforma, que en segundo grado obligaban a sus alumnos a disertar acerca del sistema planetario, de las leyes de Newton y de los orígenes filosóficos y económicos de la Revolución francesa, del mismo modo que en las iglesias se le pregunta sobre la *sustancia del espíritu santo*; hoy en día el preceptor se ha ido al extremo contrario, pues que se considera como una suprema conquista del razonamiento el que un muchacho de siete años pueda distinguir cuantas patas tiene una mesa de cuatro patas. Tal superficialismo es culpable, en mucho, de los defectos de nuestras últimas generaciones: ligeras, indiferentes, discutidoras, por discutidoras de mezquindades, altaneras y soberbias, poco amigas de profundizar sus nociones elementales, inconformes y apasionadas, por ignorantes. Esa es nuestra escuela, fantástica y aparatosa, botarata y malgastadora del tiempo, sin vínculos con el hogar, cuando debía ser una proyección de éste o un auxiliar suyo al menos, sin vínculos con el país en el cual aparece como una vegetación opulenta que está enviciando los buenos productos de él.

La escuela carece por otra parte de nociones precisas y de sistemas definidos acerca de cuál debe ser su influencia en la formación del individuo físico: toda la gimnástica se reduce a imitaciones de modelos suecos o americanos ligeramente adoptados y sin que ellos responda a un fin: ni siquiera ha conseguido popularizar los juegos que tienen una verdadera fuerza educativa; de cuando en vez se despierta un superficial entusiasmo por las partidas de foot o base ball, pero como todo, el entusiasmo pronto se apaga y apenas si quedan dos o tres grupos en todo el país que se ocupen de ello. Es un dogma pedagógico que la gimnástica aplicada científicamente contribuye a fortalecer el ánimo y procura virtudes que son útiles al hombre, como la audacia, la valentía, la perseverancia en la lucha. Nuestra escuela en este terreno es absolutamente nula, el joven sale de ella y pronto olvida las lecciones de su profesor de higiene y de ejercicios físicos.

* * *

Pero no es solo esto lo que ignora: al salir de sus colegios, un joven se encuentra como en el vacío: ha hecho cinco cursos de matemáticas superio-

res, fuera de los cinco años de la escuela; ha acabado cinco cursos de física y de química, otros tantos de historia y geografía e igualmente de gramática y de literatura castellanas. Se creería que está siquiera elementalmente preparado para la vida, y es de esperarlo, porque ya ha cumplido diez y nueve años: también el ha oído decir durante su prolongada permanencia en los colegios que cuanto se le enseña tiende hacer de él un hombre práctico y a dotarlo de elementos suficientes para la lucha por la vida: con estas y otras palabras que son verdaderas y vergonzosas seducciones, él asiste muy contento a sus clases, estudia con afán, trabaja como un hombre honrado y se aienta asimismo con el pensamiento de que muy pronto librará de su cargo a sus padres y él solo se bastará suficientemente. Cuando al otro día de sus últimos exámenes, sabe que está ya obligado a dar el primer paso, cuando sufre las primeras decepciones, y cuando la vida con sus despiadadas durezas le despierta, entonces comienza a darse cuenta que ha construido un edificio pesado y lujoso, sobre una base débil y quebradiza y termina por convencerse que el colegio ha sido su peor enemigo; allí se le prometió hacerle un hombre y él nota que le faltan muchas de las cualidades del verdadero hombre: él mismo comprende que va enfermo, que hay una diferencia visible entre aquel adolescente que otro tiempo corría al sol, lleno de frescura, de audacia, de buen humor y de valentía y este joven, inclinado a la meditación, analizador hasta de sus menores emociones, caprichoso, inquieto: le falta además cierta resolución espontánea y viva para el trabajo; nada encuentra en sus músculos, todo viene de su cabeza enferma, de su irresoluto pensamiento, de su impresionabilidad nerviosa, de su exceso de sensibilidad.

La primer obra de nuestros Colegios es la de destruir al hombre físico, y no puede ser otro el resultado lógico de una educación que se prolonga durante cinco años con su pasividad de claustro, sobre naturalezas que por pertenecer a una raza que se debilita, necesitan de una actividad intensa para que la juventud encuentre un cuerpo bien hecho, una sangre robusta y un nervio sano. Este lamentable malgaste de sus fuerzas físicas y nerviosas deciden de su destino, no digamos de su salud, que ya él es un candidato asegurado del médico y de la farmacia. En cambio, se le ha obsequiado con una brillante riqueza de ideas: la cabeza la tiene llena de difíciles construcciones matemáticas, de lógicas exposiciones algebraicas, de curiosas combinaciones de $a \times b$ y de conceptos históricos avanzados, de atrevidas deducciones filosóficas, en fin, y entre este vasto y espléndido tesoro oriental él no encuentra los modestos materiales para formar al hombre común. Es un pequeño sabio, un poco ensoberbecido y altanero, discutiendo de todo: hijo de sus propias pasiones, hoy se deja arrastrar por tales ideas; mañana defiende las contrarias; y así va, divorciándose de las unas y de las otras, de contradicción en contradicción, por carecer de fuerza moral necesaria y de una buena cabeza para elegir sus convicciones y sostenerlas. De aquí sale el ciudadano de las generaciones nuevas, de las cuales los sugestionadores oficiosos, malamente llamados rebeldes, sacan sus fanáticos ejércitos. Como los primeros golpes le han vencido, también ellos le han despertado sus más hondos rencores: él odia todo aquello que siente sobre sí que choca contra su nerviosidad inestable; odia al Gobierno, por Gobierno, odia al clero, por sombrero, odia a la sociedad, por desmoralizada, odia a los hombres, por indignos. Así como su afecto es incondicional por lo que él considera el campo contrario, su odio es incondicional por todas aquellas cosas: nada le concede este censor irredento. Esto hace de él un hombre que carece de ambiciones humanas.

Debe comprenderse que no es ésta una lamentación desesperada, porque desconfie de las aptitudes de los hombres del presente, porque crea que nuestro pasado tuvo las mejores inteligencias, las mejores voluntades, los únicos hombres de trabajo y los únicos hombres de honor. Pertenezco a la generación de hoy y tengo fe en su destino: ella puede hacer una ponderación de lo que poseíamos cuando le dimos fin al coloniaje y de lo que actualmente poseemos después de una labor de los bravos y valientes durante más de cincuenta años: ella aprovechará este resultado y tiene impulsos y energías bastantes para enriquecer el porvenir. Yo no hablo de decadencias ni de catástrofes: quiero, como todos los jóvenes, que se fortalezcan los nervios y la sangre de la nación sin lujos de sabiduría ni excesos de ciencia universitaria, sino con un sentimiento justo de la utilidad de la vida moderna. Quiero que encontremos en las escuelas y en los colegios el ambiente que necesitamos respirar, la savia con que debe alimentarse nuestro cuerpo y nuestro espíritu; que sean ellos como el terreno donde hacemos nuestras primeras iniciaciones en la vida, que ellos nos den el secreto de nuestra función humana. La escuela fundamentalmente ocupa un lugar importante en la existencia de un hombre, y su influencia para que sea eficaz, ha de hacerse sentir siempre, pero en una forma útil. Ese es el deseo nuestro: que reconozcamos en nuestros éxitos la contribución que en ellos tiene la labor educativa: porque vemos el ejemplo de pueblos relegados a los últimos estamentos del concierto mundial, que en medio siglo ocupan un asiento al lado de las primeras naciones; porque vemos el ejemplo de pueblos que mediante un esfuerzo propio se regeneran y robustecen, adquieren respeto de los fuertes y logran competir con los poderosos en los mercados del mundo, es por lo que exigimos una orientación distinta de la cultura nacional. Nuestra raza, a pesar de algunas muy sensibles degeneraciones que ya se descubren en ella, posee elementos muy estimables; no soy de los que piensan que carecemos de valentías para la batalla y que acobardados cedemos el campo al buen elemento extranjero. Esto es casi injusto: es cierto que abundan las cigarras imprevisoras; pero muchas laboriosas hormigas constituyen un saludable ejemplo de lo que vale la iniciativa particular y de lo que serían nuestros hombres, menos gastados en los bancos de los colegios intelectuales. Tal vez nos equivoquemos, pero pensamos que si la escuela en vez de dispersar el espíritu en vanas disquisiciones científicas y literarias, infundiera tenazmente virtudes positivas, como la perseverancia, la economía, el orden, el respeto a sí mismo, la modestia, el honor y la valentía sin soberbias, iríamos ya realizando los desvelos de los nobles costarricenses que nos quisieron independientes en el más excelente sentido de la palabra, que consiste en serlo hasta de nuestras propias pasiones: independientes no sólo porque hacemos nuestra política sin obedecer a una inspiración extraña, sino porque sembramos nuestras montañas y fundamos nuestros hogares en terreno propio. Este fue el ideal de nuestros abuelos y de nuestros padres y nosotros no debemos prescindir de él, sin que deshonremos su nombre.

La escuela carece de una tendencia uniforme, que constituya su ideal y que la arraigue a nuestros intereses.

Pero esto no es lo más grave: lo que desespera a los costarricenses de buen juicio, es el que ya no se discuta el problema escolar, como negocio fundamental del estado; la suerte del maestro, su posición y sus proventos absorben hoy la actividad de quienes en este asunto debieran ocuparse con abnegación e inteligencia. Don Mauro previó lo que esencialmente se refería al maestro: él quería un maestro para la escuela primaria, de una

preparación modesta, consciente de su ministerio y consagrado a él con religiosidad y civismo: le concibió como eran aquellos viejos maestros de la escuela, a quienes no turbaban las sensualidades de la vida. No creía que iba a llegar un momento en que el individuo se iba a imponer a los intereses sociales y que el buen elemento educador de la República sería arrastrado por las corrientes del comercialismo que hoy nos desatina y relaja. Se protesta contra el elemento militar, porque se dice sin meditación que éste absorbe una parte importante de las rentas públicas sin resultado positivo; pero esta protesta del personal docente sin hacer un sacrificio de su lado, lo único que prueba es el deseo de ocupar el lugar del ejército. Es nuestro concepto que el problema escolar no es el de la buena posición del maestro: que sí se le debe asegurar su subsistencia, su decoro y su porvenir, pero sin intemperancias ni compromisos: antes de todo ello está lo pertinente, la edificación de escuelas y el aumento de éstas para poder darle campo a las enormes masas de criaturas a las que por falta de locales se les cierra la puerta de las escuelas. Esto le costará mucho al Estado y desgraciadamente la República no es rica: el presupuesto de Instrucción Pública actual es crecido, se toma del total de entradas finales, nada menos que cerca del 15 o/o. Pedir más es proceder sin talentos administrativos, porque nosotros somos ante todo un país de trabajadores y no podemos darnos el lujo de poseer clases intelectuales que nos cuesten caro.

Debemos comenzar insistentemente por quitarle a la enseñanza ese engañoso barniz de modernismo que la debilita. Es lamentable de verdad que la hayamos dejado inficionarse de esa fiebre y ligereza de las modas que nos invaden y para cuyo servicio sólo trabaja el país. El mercantilismo exagerado nos está corrompiendo: la especulación no nos trae sino malos libros y malos géneros, todo lo cual lo compramos a alto precio y parece que fuéramos un pueblo loco que malgastamos una herencia inmerecida.

Una escuela popular, moderada, austera, religiosa y que se mantenga en un perfecto equilibrio con lo que es el país, con lo que este tiene y lo que es el perentorio objeto de sus sanos deseos, he aquí lo que debemos buscar con empeño.

En relación con esto, se impone la preparación de maestros, pero de maestros para Costa Rica, de muchos maestros de los cuales no se diga que son sabios y demasiado inteligentes o especialistas; de una preparación adaptada a las necesidades de la escuela en donde va a enseñar, de buen sentido lógico, de moralidad irreprochable y sin exigencias desesperadas. Teniendo muchos hombres así, capaces de enseñar a leer y a escribir, como lo puede hacer un padre de familia, el Estado tendría a su disposición sobra de elementos y se concluiría de una vez con el mal espectáculo de una contienda del sacerdocio educador contra el tesoro público.

El principio de la obra fundamental radica primeramente en la economía del tiempo. El tiempo lo despreciamos nosotros criminalmente: un estudiante costarricense ve discurrir toda su adolescencia y los mejores años de su juventud en los establecimientos escolares: cuando va a ocupar su puesto en la batalla cotidiana, ha perdido ya muchas esperanzas y muchos vigos: uno puede admitir que en países teocráticos que concluyen por vivir del pillaje, como los pueblos árabes, se empleen dos tercios de la vida de un hombre en aprender el Koran, en contar sus *suras* y el número de sus letras; pero en países modernos y que están en la obligación de ser esencialmente prácticos, un joven a los veinte años debe estar ya en condiciones de valer por sí mismo. Si la escuela no se reduce a los términos más rigurosos para proveer al individuo de las nociones elementales de lo que debe saber;

si los liceos costarricenses no economizan los conocimientos bastantes para un joven costarricense, si las facultades continúan despreciando el tiempo y la existencia de los individuos, las generaciones serán de jóvenes viejos por el cansancio de su espíritu y la flaqueza de su individualidad y los viejos de la edad agreste que conservan la fecunda savia de los tiempos simples y honestos, serán los únicos jóvenes de la República.

La enseñanza primaria no debe abrazar más allá de cuatro o cinco años, ni la secundaria ni la universitaria de tres cada una. Una educación de quince años, una educación que no vigoriza ni la bestia ni el espíritu, que amontona sobre el hombre un mundo de ideas que más tarde él no sabe ni puede ni debe aprovechar y que antes bien le embarazan y dificultan su verdadero camino, ya es tiempo de convenir que no es la nuestra. Donde hay un amplio ambiente intelectual que se mantiene con las conquistas que hacen día a día la industria y el comercio y la agricultura; donde el hombre esencialmente de gabinete puede vivir sin desdoro al lado del empresario de ferrocarriles, del cultivador de trigo, del Jefe de la Banca; donde las cosas del espíritu tienen un círculo de acción determinado y propio en la vida social, sí es dable preparar al individuo, para las especulaciones del entendimiento: por nuestra parte lo que estamos haciendo es arrebatándole unidades al país, de continuar con esta obra de desmoralización y debilitamiento. La educación que reciben nuestros jóvenes, es una educación de príncipes o al menos de personas ricas: con todo, pueblos donde la cuestión económica ha dejado de ser un inquietante problema, educan más a sus hijos para el tiempo presente, que es de perpetua lucha, de constante defensa, puesto que todas las cosas se renuevan a diario y no es la fortuna ni la riqueza la menos expuesta a estas violentas transformaciones. Sólo nosotros creemos que podemos dormir tranquilos porque nuestros graneros están llenos, el pan del día siguiente asegurado.

¿Continuará esto así, tan mal como va?

Es de pensar que los hombres que dirigen el país no continuarán viendo con indiferencia un negocio que tan vinculado está a nuestro destino. Ahora ha terminado otro curso lectivo; dentro de poco tiempo se reanudará el nuevo: también la República se prepara para renovar sus poderes. Hay muchas cosas que componer, y en nuestro concepto no es menos digna de este cuidado la cultura. Sin embargo, lo justo es el hacer nuestras cosas con sensatez y juicio, sin despreciar el ejemplo de aquellos costarricenses ilustres que, como don Mauro, tan bien comprendieron nuestras necesidades y con tan buen sentido resolvieron el problema educativo. Don Mauro hizo lo que fundamentalmente cabe realizar en este terreno de la Administración; no queremos decir que él lo hiciera todo y que nada dejó para la acción de otros reformadores, ni donde establecer otras instituciones: la educación de un pueblo no consiente estancamientos en cuanto a los medios de procurarla, en cuanto a los recursos para facilitar su obra, pero sí exige una dirección recta, y en esto si fue maestro el ministro Fernández: marcó el camino, creó las instituciones a propósito y él mismo bajó a darle orientación y unidad al movimiento; utilizó los medios discretamente y no se engañó respecto a la importancia de estos: después de él sucedió lo contrario, el lujo de métodos nos ha deslumbrado los ojos y nos ha hecho perder el camino.

Rómulo Jovar



UN DISCURSO

Al salir del Salón de Sesiones del Congreso, convertido en Capilla ardiente durante las honras fúnebres tributadas a los restos del señor Licenciado don Mauro Fernández, el 16 de julio de 1905, el Diputado don Ricardo Jiménez, en representación del Poder Legislativo, pronunció las siguientes, hermosas palabras:

SEÑORES:

El varón ilustre que en medio de muestras singulares de duelo nacional vamos a depositar en el regazo de la tierra costarricense, que él tanto amó, fue uno de los ejemplares más cumplidos del ciudadano, del estadista y del patriota. Dotólo la naturaleza, para servicio de su patria, como lo ha dicho elocuentemente el señor Astúa, de las más variadas y excelsas cualidades: inteligencia poderosa; ingenio de una rara fertilidad de recursos para llegar a un fin o para desviar la corriente de adversas circunstancias; intelecto familiarizado con cuanta noción el hombre público ha de poseer, si aspira a dirigir los destinos o las ideas de sus conciudadanos; espíritu curioso, que vagaba por el pensamiento de los pueblos más cultos de la tierra, para aportar luego, como una industriosa abeja de oro, a la colmena patria, la miel de su botín; príncipe de nuestros oradores parlamentarios, palabra fluida, persuasiva, pintoresca, de aspectos tan variados como los de nuestra naturaleza, de interés sostenido siempre, aun aplicada a los temas más triviales, o más áridos, y de una alta elocuen-

cia, cuando la magnitud del asunto caldeaba sus emociones; continuidad en el esfuerzo; resistencia increíble en el trabajo; dón de gentes y tacto social exquisitos; costumbres puras, que nunca conocieron el yugo de ningún vicio; sangre fría inalterable, ánimo esforzado para quien el clamor de las oposiciones que él creía injustas, nunca infundió miedo y más bien sonaba en sus oídos como un hurra de aliento; ideales que no tuvieron ocaso en su espíritu, como no lo tiene la estrella bienhechora del caminante, que le alumbraba su camino la noche entera; imaginación inquieta que lo empujaba a desear nuevas condiciones de vida social, mas justas, más sanas, más humanas y a la que servían de lastre un profundo sentido de lo real y una larga experiencia de los negocios y de la vida, la cual le dió así las exaltaciones y las delicias de los triunfos, como las amarguras de los desastres y hasta de las calumnias; y por último, sensible a todo soplido del progreso, e indiferente a la acción de las fuerzas retrógradas del pasado, como esos árboles corpulentos, cuyo follaje, en su crecimiento ascensional, tiembla, susurra y se balancea al primer beso de la brisa, pero cuyas raíces, que penetran por entre las grietas de las rocas, los mantienen erectos, a despecho de los vendavales y las tempestades del cielo.

Por esas cualidades, difíciles de encontrar separadas y mucho más difícil de encontrar en consorcio, fue don Mauro Fernández, en todo el discurso de la historia patria, nuestro gran Ministro de Hacienda, en cuyo tiempo y en gran parte debido a su habilidad financiera, ascendió a su cenit nuestro crédito público y sobre todo fue nuestro gran Ministro de Instrucción Pública, el Ministro de Instrucción Pública por excelencia, cuyo soplo titánico como el de un nuevo Eolo, ha hinchado y sigue hinchando las velas de la República en su navegación hacia las tierras vírgenes de una mayor libertad, de una asistencia de hermanos más cumplida, de una mejor comprensión de nuestros destinos y del modo de realizarlos, y de una más amplia civilización.

No intentaré siquiera recordar los hechos que sirven de pedestal a la estatua que los costarricenses le tenemos levantada en nuestros corazones. Sería ofender a quienes me escuchan. Todos los conocemos; y por dicha y para orgullo del país hasta los niños de nuestras escuelas conocen los

merecimientos de don Mauro, los admiran y reverencian. Sin embargo, sí me permitiré llamar vuestra atención a la saludable enseñanza que se desprende de su vida saludable, así para los que rendimos culto a sus ideales como para los que están alejados de ellos. El mundo ofrece el espectáculo, por donde quiera, de voluntades que vacilan, no porque vacilen las convicciones, sino porque las tuercen las conveniencias, como se tuerce una llama azotada por el viento; y es consolador para la dignidad de la especie humana ver a un hombre que, como el señor Fernández, siempre creyó cuanto dijo y dijo y practicó cuanto creyó. Tuvo ideales y fue siempre fiel a ellos. En los combates que libró durante su vida, jamás, jamás plegó ni ocultó la bandera de su credo, ni amortiguó sus esplendorosos colores. Fue un convencido y un enérgico; fue un hombre. Tuvo luces, tuvo carácter, tuvo patriotismo y ocasiones para servir a su Patria en altísimos puestos. ¡Qué bella existencia la suya!

La muerte es nueva fuente de vida. Las flores crecen sobres las tumbas, poniendo en ellas una melancólica alegría de renacimiento. Tomemos consejo de la naturaleza, sacudamos el abatimiento de nuestro pesar y cuando regresemos de esta triste ceremonia, volvamos con una nueva energía para la vida. Que la del señor Fernández, como el sol, que después de haber desaparecido tras los montes del poniente, sigue conduciendo a la tierra a través del espacio, continúe ejerciendo su benéfica influencia sobre nuestros espíritus, sobre todo para perseverar en la realización de su sueño querido de entregar nuestro suelo, en el que duermen los mayores, y nuestra historia que conserva sus penalidades, sus altos hechos, sus aspiraciones, a una generación cada vez mejor por su cultura, cada vez mejor por su voluntad más derecha y más fuerte; a una generación que realice la Costa Rica ideal que vislumbró, amó y sirvió, con ardor que los años no apagarón, el prócer a quien mis labios, indignos de la ocasión, consagran, por mandato honroso del Congreso, el piadoso homenaje de un adiós definitivo al despedirlo del recinto que ennoblecieron sus discursos y en cuyos ámbitos, por desdicha para la República, apenas suena, cada vez más débil, el eco de su inspirada palabra, ya hoy dormida para siempre.

HE DICHO: